





Después del 11 de septiembre
HAMBRE DE PIEL
En la Sociedad de Control



Alejandro Alfie

Después del 11 de Septiembre
HAMBRE DE PIEL

En la Sociedad de Control

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires
2004

Alfie, Alejandro Martín
Después del 11 de septiembre:
Hambre de Piel en la sociedad
de control
1° ed. Buenos Aires, Dunken, 2004
80 p. 23x16 cm.
ISBN 987-02-0657-3
1. Ensayo Argentino I. Título
CDD A864

Ilustración de tapa: JAVIER FURER
Fotografía de contratapa: DANIEL BOBADILLA
Diseño: GERARDO PATIÑO
Corrección: MARCY SEJAS
1° impresión: 700 ejemplares

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11. 723
Impreso en la Argentina
© 2004 (c) Alejandro Alfie.
E-mail: aleand@arnet.com.ar
ISBN 987-02-0657-3

Índice

Prólogo: La pesadilla, por Christian Ferrer	9
<i>Introducción</i>	11
1. <i>La capital internacional de la seguridad</i>	13
2. <i>Sugerencias en el aniversario</i>	16
3. <i>Reunión de consorcio</i>	18
4. <i>Posiciones enfrentadas</i>	20
5. <i>El reflejo de la imagen</i>	22
6. <i>Adiós a lo material</i>	24
7. <i>¿Viejas respuestas para nuevas preguntas?</i>	29
8. <i>La resistencia al sistema</i>	31
9. <i>Rutinas urbanas</i>	33
10. <i>¡Júntese con humanos!</i>	36
11. <i>Inconsciente rebelado</i>	38
12. <i>Infraestructura de control</i>	39
13. <i>¿Cómo evitar la epidemia?</i>	42
14. <i>Una digna soledad</i>	44
15. <i>Cumplir años... a pesar de todo</i>	47
16. <i>Desde el Pentateuco</i>	49
17. <i>No tocarás</i>	52
18. <i>Fantasmas del pasado</i>	53
19. <i>¿El fin del encierro?</i>	54
20. <i>Cuando las imágenes no alcanzan</i>	58
21. <i>Alejarse del dolor</i>	65
22. <i>La búsqueda del contacto</i>	67
23. <i>El calor de la especie humana</i>	70
<i>Epílogo</i>	73



Prólogo

La pesadilla

Con este relato, Alejandro Alfie se integra a la tradición llamada “ciencia-ficción”, que nunca ha sido un género muy transitado en la Argentina, aún cuando ya es evidente que ha nutrido incesantemente a las mitologías del siglo XX. Sin embargo, tampoco nos equivocáramos si consideráramos a esta novela como un “realismo distorsionado”. Es el retrato de un mundo fascista y simpático a la vez, algunas de cuyas facetas están ya incrustadas en nuestro modo de existencia. O quizás sea una pesadilla. Y si parece ser tan improbable es porque las pesadillas, al igual que los relatos de ultratumba o las visiones de los iluminados, se resisten a ser puestas en palabras. Pero las “utopías negativas” no constituyen, como equivocadamente se ha dicho una y otra vez, un género profético, sino una voz de advertencia. El profeta trata de identificar síntomas cuya germinación pudiera agravar el malestar existencial humano. Por eso mismo, no es posible entender el relato de Alejandro Alfie sin tener en cuenta las intensas transformaciones que estremecieron al país en los últimos quince años. Las fantasmagorías del “ser digital” y las supuestas panaceas de la globalización lograron que muy escasa atención se prestara a ese organismo agónico llamado Argentina. En efecto, no escasearon las cabezas de fósforo que consideraron que la “telepresencia” y las “telepolis” eran equivalentes al Jardín del Edén.

En el relato, la asfixia es permanente, pero el deseo también; en ese mundo creado, la soledad resulta ser un daño colateral, apenas amainada por la búsqueda y la ilusión; el psicofármaco y la vigilancia son medio ambiente, pero también lo es la urgencia por comprender y desentrañar “el sistema”. En su revés, la novela de Alejandro Alfie no

deja de ser un ditirambo amoroso en el vacío. La dificultad táctil es una constante que, por contraste necesario, revela que el temperamento adictivo es un síntoma de la actualidad. En “Hambre de Piel” asistimos al desfase sufriente entre emociones aún ancladas en un viejo orden afectivo y presiones moldeadoras de la personalidad en la sociedad informatizada. Al explorar hasta su extremo algunas tendencias del presente, Alejandro Alfie nos presenta a la vez una crítica política y una crítica espiritual al mundo. Quizás lo podemos proponer como un reclamo lacerante en un mundo cuya clave de acceso se escribe kafka.

Christian Ferrer

Introducción

Estoy tildado, en la angustia del encierro.
Mareado, como si esto no fuera cierto
y lo de hoy fuera ayer
y lo interno fuera externo
y la fantasía fuera realidad.
Abrumado por la falta de compañía,
dirijo los dardos hacia mí,
y vuelco.

Anoche no dormí bien. En realidad, desde hace un tiempo que me percibo extraño, desestructurado. Creo que ya no distingo las nociones de tiempo y espacio. Estiro mi brazo y nadie lo acaricia. Sin embargo, fuera de este cuarto tiene que haber algo, quizás mejor. Dios me sacará de aquí. Yo me resisto a vivir aquí adentro, pero no puedo salir. Entonces, me identifico con Antonin Artaud, cuando dice: “Pasé por lo duro y blando. Mi cuerpo anclado, atornillado, taladrado, el dolor me penetra hasta las profundidades de mis huesos. Estoy allí donde no importo a nadie, Padre y Madre, de yo y de ser. ¿Por qué yo? ¿Por qué aquí?”.

El sistema pretende que en este lugar me sienta a resguardo, protegido, como en familia. Sin embargo, acá estoy solo. La gente con la que me ciberencuentro parece buena, auténtica, elegante. Me miran a mí... me hablan. Conversamos. Nadie transmite su angustia ni sé si hay otra persona a quien le duela el hombro, ¿por qué a mí sí? ¿Será que nadie me toca?

El pueblo del público que te publicó. Estoy preocupado, no sé que me pasa. Hay días en los cuales me cuesta salir de la cama. Son esos días atravesados por el dolor de la soledad, cuando el inconsciente se rebela y hace de las tuyas. Ahí, ya no puedo realizar siquiera mis acciones planificadas. Estoy atontado, mareado. Tengo frío, mucho frío. Mis pies despiden olor a podrido, me duele la ingle, los ojos se hinchan, los dientes se caen... mi cuerpo sufre. Me estoy deteriorando.

Sé que estoy en crisis. Ya no hago gimnasia, ni me afeito, ni canto. Mi vida se transformó en una pesada carga. Es cierto, trabajo más, no gasto en viajes... ni siquiera tengo que bañarme. A la vez, me queda más tiempo para hablar, a través de la pantalla, con gente de otros países. Bah... del único país en que se convirtió la Tierra.

Pero no sé que me pasa... Me llené de contactos e información muy importante. Vivo solo. SOLO. En los últimos dos meses llevo adelgazados cuatro kilos. Tengo contracturas musculares que me hacen doler mucho el hombro, el cuello, la espalda y la cabeza. Tengo hambre de piel, pero está prohibido mencionar esta ciberenfermedad. ¡Cómo me duele el hombro! El hombre. En los últimos días entré en crisis, con todos mis dolores, olores, pesadillas y eyaculaciones nocturnas. Creo que esta vez no faltó a la cita ninguno de mi vasto repertorio de síntomas.

Hoy parece que estoy castigado. Me desperté a las 8 de la mañana, pero no fui capaz de salir de mi cama. Escuché la sensorada interactiva, tuve cibersexo, cené, dormí... perdí el sentido de la realidad. Porque estoy solo, en mi soledad, con los fantasmas. No puedo bañarme, estar con gente real, y no sé qué hacer. Cabalgo en medio de esta ciudad virtual, arrojo lanzas por doquier, mensajes dentro de botellas. Veo que las plantas trepan mis paredes, las raíces surgen del suelo y los peces brotan de las canillas, mientras voy conociendo este nuevo espacio. Hace dos horas que tomé el Paraflex y no se me pasa. Voy a probar con dos pastillas más. Estoy preocupado. Desde hace un mes que no puedo dormir más de tres horas seguidas. Transpiro mucho durante todo el día y tengo las manos sudadas, permanentemente. Me siento enfermo, aunque no tengo fiebre. Estoy rodeado de máquinas inteligentes, convivo con gente que no puedo tocar. Yo voy a cambiar. Quiero estar rodeado de gente de carne, hueso, sangre, cerebro y alma.

1. La capital internacional de la seguridad

Estamos aquí desde hace un mes. El 11 de septiembre de 2011 se nos sugirió no salir a la calle, como parte del recordatorio por el décimo aniversario del primer ataque terrorista contra los Estados Unidos. Cuando ocurrió esto, hacía sólo dos meses que Patricia y yo habíamos decidido irnos a vivir juntos al edificio República, de Tucumán 1, que alguna vez alojara las oficinas principales de Telefónica de Argentina. Con ella estábamos de novios desde hacía tres años. Nos habíamos conocido en la facultad, de casualidad, en el bar donde ambos estudiábamos. Ella quería ser física y yo arquitecto. En esos días, disfrutábamos tomando sol en las escalinatas del Pabellón III de Ciudad Universitaria. Eran momentos alegres, claros y verdes. Durante el día, nos la pasábamos en las inmediaciones de la facultad, y por la noche íbamos a los pubs de la Costanera. Si bien había inseguridad, no se le prestaba demasiada atención, así que nuestras vidas se desarrollaban sin contemplar la posibilidad de terminar en una emboscada. Por eso, el 11 de septiembre nuestras vidas cambiaron para siempre.

A partir de ahí, dejamos de estudiar en Ciudad Universitaria y pasamos a un programa de educación a distancia. El trabajo también lo hacemos desde casa, gracias al beneficio del Plan Vida –financiado por las principales empresas de informática y telecomunicaciones–, cuyas metas son la mejora en la productividad y la separación de los habitantes en espacios privados, a través de la digitalización de todos los procedimientos de intercambio.

Este plan es anunciado como la entrada definitiva de Buenos Aires en la sociedad de la información. Se trata, inclusive, de una mutación mayor a la producida con la revolución industrial. Es la apoteosis general. Así como los festejos del Centenario (en 1910) coronaron el modelo de la Generación del '80, el bicentenario va a pasar a la historia como el momento en que se produjo el cambio del paradigma urbanizador, adoptando el modelo digital de la telepolis virtual. Desde todas las pantallas se anunció que Buenos Aires había sido elegida

capital internacional de la seguridad, gracias a lo cual –a partir del 11 de septiembre de 2011– empezamos a disfrutar del teletrabajo, la educación a distancia, la telemedicina, las cibercompras, entre otros beneficios mencionados por las empresas y las autoridades.

En esos anuncios no hay contraindicaciones. Es como si todos los problemas se fueran a solucionar metiendo a la gente en sus casas y sugiriéndoles no salir.

–¿A qué hora es la reunión de consorcio? –le pregunto a Patricia, con una ansiedad difícil de disimular. Ese evento, que hace poco tiempo era menospreciado, ahora reviste un carácter sagrado para mí. Ya pasó un mes desde que nos encerramos y se trata de la única reunión planificada por los reglamentos, donde uno puede conversar y discutir con gente de carne y hueso. Y no me voy a perder la oportunidad de ir, por primera vez, a reunirme con mis vecinos. El horario es estricto: de 18 a 20, dos horas para comentar sobre nuestra adaptación, conocer lo hecho durante el último ejercicio y evaluar si hay algo de primera necesidad que no esté llegando por los carriles naturales.

Yo escribí una proclama que pienso exponer allí, cuyo título es: “Basta de hambre de piel”. Considero que el contacto con otras personas es algo de primera necesidad, y estoy dispuesto a dar todos los argumentos que sean necesarios para acabar con el sistema de enclaustramiento, aunque ello signifique arriesgar mi integridad y la de Patricia.

A ella la noto muy preocupada. Ni siquiera contestó mi pregunta sobre el horario de la reunión. Es que nos costó mucho esfuerzo llegar hasta el edificio República y no quiere que nos muden a un lugar sin estas comodidades, como videoconferencia, realidad virtual y la red más veloz. Además, ella no comparte mi reclamo, ni comprende mi ansiedad. Según Patricia, la cuestión pasa por esperar hasta que el gobierno decida que la situación se ha normalizado y, entonces, todo volverá a ser igual que antes; con el beneficio que –en ese momento– toda la población va a haber internalizado los hábitos de la nueva era. No cree en mi escepticismo y considera que mi teoría apocalíptica de

los acontecimientos es quizás el síntoma de una enfermedad que me está apareciendo.

–Pascual, antes no eras así –me dice, con pena. –Si hubiera conocido esta faceta oscura, no habría venido a compartir mis días con vos –amenaza, para que esté bien claro cuál es el límite de nuestra convivencia.

Pero a mí no me importa su postura. Estoy dispuesto a todo, con tal de volver a caminar por el Pabellón III de Ciudad Universitaria, tirarme en el césped a tomar sol y viajar en tren para ir a trabajar a mi oficina. Sé que somos muchos los que queremos dar este combate, porque el hambre de piel nos está empezando a deteriorar.

2. Sugerencias en el aniversario

Todo sucedió de una manera bastante planificada, aunque tardamos un poco en darnos cuenta de los alcances que tendría sobre nuestras vidas. Los acontecimientos se precipitaron después del 11 de septiembre de 2001, a partir de la serie de atentados que se fueron produciendo en los Estados Unidos y Europa, así como a sus intereses en todo el mundo. Esto provocó un consenso cada vez mayor por incorporar a las sociedades en la nueva era digital.

Las fuerzas de seguridad no dieron abasto en los países centrales para combatir al terrorismo. Los Estados del primer mundo encarcelaron cada día a más gente y los presos superaron pronto la capacidad permitida en los pabellones de reclusión. Por eso, se incentivó la promiscuidad que redujo el promedio de vida de los presos. Todos supimos que esto pasaba... y no hacíamos nada. En simultáneo, cada vez más trámites comenzaron a hacerse desde el hogar.

Pero la decisión impulsada por el gobierno argentino y las principales empresas de telecomunicaciones e informática superó todos los límites conocidos. Como si fuera una bisagra en la historia del país, se resolvió que la mejor forma de recordar el bicentenario de la Revolución de Mayo y el décimo aniversario de los atentados en los Estados Unidos era implementando coercitivamente las nuevas tecnologías, que permiten a la gente realizar todo tipo de actividades desde el hogar y las fábricas. El Plan Vida fue anunciado como un éxito del Polo de Desarrollo Tecnológico (PDT) del Cono Sur, el organismo que las empresas y el gobierno habían creado el 25 de mayo de 2010, con el objetivo de transformar a la Argentina en un laboratorio donde estas mismas compañías desarrollaran y experimentaran con las nuevas tecnologías de comunicación, que luego serían implementadas en los países centrales.

El Plan Vida consiste en dos sistemas de trabajo, complementarios, orientados a aumentar la productividad y bajar los conflictos sociales: el teletrabajo que cada uno realiza desde el hogar, por un lado; y, por el otro, están los campus industriales, donde se concentra

la fabricación de productos, con personal permanente, que tienen todo para no salir de allí. Ambos sistemas significan el enclaustramiento de la gente, sólo que el teletrabajo es producto de los nuevos tiempos... El otro método ya fue probado por las principales empresas alemanas en tiempos de la segunda guerra mundial, cuando los prisioneros del Tercer Reich servían de mano de obra esclava y no podían salir de sus lugares de trabajo. Algunas de las empresas europeas, que en aquellos tiempos ejecutaron dicho sistema de enclaustramiento, son las mismas que hoy están participando en la implementación del Plan Vida.

En ese marco, también se iniciaron los programas de Erradicación de Animales, Distribución sin Intermediarios y Presencial, entre otros. El primero, incluye la muerte inmediata de los animales que no sean utilizados en la industria, con el objetivo de esterilizar todos los espacios habitados por los seres humanos. El de Distribución sin Intermediarios, pretende transformar todos los átomos en bits; y entrega en cada departamento aquellos productos que no pueden ser transformados, como los alimentos. Por ejemplo, estos se entregan a través del correo oficial, que tiene un área de logística dedicada exclusivamente a la distribución de todo tipo de mercaderías, comprometiéndose a entregarlas antes de las seis horas de realizado el pedido. Además, el proyecto Presencial permite que uno pueda acceder en forma virtual a los servicios domiciliarios que necesite, desde un médico hasta un plomero.

De esta manera, en la ciudad de Buenos Aires vivimos en casas, departamentos y fábricas saludables, que tienen todo lo necesario para no precisar salir. Inclusive, los más pobres disponen de los mismos servicios básicos que el resto de la población. Claro está que con los marginales y excluidos se aplica el mismo método que con los animales.

Sólo algunos se animan a salir, muy de vez en cuando; aunque para ello, por su propia seguridad, consultan previamente a las fuerzas de seguridad, informando cuál es el destino de la salida, el tiempo de duración y la razón impostergable de tal acción, para que los puedan cuidar de la mejor manera posible. Sin embargo, yo todavía no pude salir de aquí.

En esta ciberciudad tenemos todo para vivir... para sobrevivir.

3. Reunión de consorcio

Algo extraño sucede hoy. De los departamentos que hay en los 20 pisos del edificio, sólo estamos tres personas en la reunión de consorcio. Somos el encargado, el administrador y yo. No entiendo cómo puede ser que ninguno de mis vecinos concurra. En realidad, era de esperar que sucediera algo así, desde el momento en que ni Patricia quiso venir. Inclusive me prohibió traer la proclama contra el encierro. A decir verdad, tiene razón. Carece de sentido que les explique al portero del edificio y al administrador del consorcio cuáles son mis conflictos libertarios. A pesar de ello, logro interesarlos en unificar el festejo de mi cumpleaños con la subsiguiente reunión de consorcio. El argumento es claro y contundente: ya que no voy a invitar a mis amigos y familiares, lo mejor es que hagamos una reunión en mi casa el 8 de diciembre; y allí, además, celebrar mi cumpleaños con los vecinos del edificio.

Si bien no me dan un sí, quedan en analizarlo, y en contestarme durante la próxima reunión del mes siguiente. Tenemos tiempo, ya que falta un mes y medio para mi aniversario, y aquella será una excelente ocasión para encontrarme con gente humana.

Pero un mes ya no dura lo mismo. La relación con Patricia está empeorando rápidamente. Se puede decir que ya no soporta tanta cercanía conmigo. Es cierto, una cosa era vernos unas horas cada día; y, otra muy distinta, es estar las 24 horas del día juntos, sin salir del departamento. Los primeros días no fueron tan complicados, pero ahora la relación se transformó. Empezamos a discutir por cualquier cosa, tratamos de estar todo el tiempo en ambientes separados y cada uno duerme en un lugar distinto. Ella prefiere quedarse en el living, yo en el dormitorio; y ambos podemos usar la cocina y el baño. Llegamos a un acuerdo: ella no entra en mi habitación, excepto para trabajar, ocasión en que yo puedo ingresar al living. Parecemos ratas de laboratorio, encerradas por algún médico para hacer un experimento.

Patricia me echa la culpa por esta situación. Dice que mi visión apocalíptica de la realidad produjo el quiebre de nuestra relación. Yo cargo contra las normas de encierro acordadas entre el gobierno, las cámaras empresariales y los principales partidos políticos; pero sé que también eso significa actuar por afuera de los deseos de Patricia. Es que estoy viendo cómo me estoy deteriorando, mientras se destruye nuestra pareja, nuestro amor... y no puedo evitarlo. Entonces, me prometí que –aún a riesgo de perderla a ella– no voy a descansar hasta derrotar a los mecanismos que nos están aislando y encerrando. Será una batalla desigual, con la seguridad de la derrota, pero no hay otra alternativa. Estoy cansado del encierro, y necesito encontrar algo que le dé un nuevo sentido a mi vida. Así que estoy eligiendo las palabras que diré en la próxima reunión de consorcio. Sé que no voy a decir todo lo que pienso, pero necesito emitir alguna señal, para ver si hay alguien con las mismas inquietudes que yo.

4. Posiciones enfrentadas

Mis padres, María y Manuel, quizás por haber crecido en el barrio de Once, consideran que el curso lógico de las cosas nos va a devolver al mundo territorial, donde dos cosas jamás ocupan el mismo lugar. No entra en sus razonamientos la posibilidad de reemplazar la circulación territorial por la virtual.

Por el contrario, Patricia disfruta enormemente del teletrabajo y de los cibercontactos mediatizados por la pantalla. Es que ya no soportaba el tener que ir todos los días a encontrarse con sus compañeros de oficina y prefiere trabajar desde el hogar. Yo no termino de entender por qué se queda durante varias horas en los cibercentros en 3D, conectada mediante aquel maldito casco que yo tanto detesto. Parece estar alienada, pero ella dice que esta nueva realidad le proporciona las mayores gratificaciones sensoriales. A la vez, ahí puede ir de compras con sus nuevos amigos. Ahora ella tiene más tiempo para disfrutar de la realidad virtual y toma con mucha naturalidad la sugerencia de permanecer en las casas.

–Sería mejor que desistieras de salir a la calle –me dice Patricia, con esa mirada perdida que tiene últimamente.

–Antes, cuando estudiábamos en Ciudad Universitaria, no querías estar todo el día encerrada en casa –le recuerdo.

–Eso es parte del pasado. Pero ahora, que podemos quedarnos acá, es necesario permanecer en casa, en contacto con todos. Se trata de un sacrificio, lindo y placentero... ¡Pero qué te voy a hablar a vos de sacrificios, si jamás supiste lo que es tener necesidades!

–Más allá de tus agresiones, hay una cosa que no entiendo: ¿cómo puede haber contacto sin tacto? –le pregunto, para ver si todavía hay algo que pueda sacudir sus neuronas.

–Nosotros tenemos la posibilidad de tocarnos y ya no lo hacemos. Así que uno puede estar lejos, estando cerca; o cerca, estando lejos. La distancia ya no es lo que era antes. Y vos, que pretendés recibirme de arquitecto, deberías entenderlo.

–Sabés qué pasa, Patricia... Quiero que nos separemos, porque siento que corro más peligro encerrado entre cuatro paredes con vos; aunque pueda hacer muchas actividades desde acá –le respondo, en nuestra última discusión.

Es que esas conversaciones carecen de sentido. Nos dividimos el lugar que cada uno ocupa en el departamento, y el final de nuestra relación ya es un hecho. ¿Para qué seguir así? Ella se adaptó a las nuevas normas urbanas... y yo no puedo evitarlo. Su alma se transformó, provocando un quiebre en nuestra relación.

El día de la próxima reunión de consorcio se fijó para el 1 de diciembre, justo una semana antes de mi cumpleaños. Ese día, Patricia se muda a otro edificio, al departamento donde viven sus padres y sus dos hermanas. Ante mi estado actual, les parece lógico que quiera volver con ellos. Patricia me propone reconstruir nuestra pareja, a la distancia. Dice que, quizás ahora, que ya no vamos a estar juntos las 24 horas del día, podamos volver a querernos, a extrañarnos... de la forma en que pretende el sistema, lejos, a través de los mecanismos de contacto a distancia que ponen a nuestra disposición.

5. El reflejo de la imagen

La noche en que se va Patricia, le escribo esta carta:

Si quisiera suspender el tiempo, cambiar las coordenadas y volver a lo que fuimos, no podría. Tu sonrisa sería distinta, tu mirada sería la mía y las imágenes no hablarían.

Mi amor, mi amada, el destino nos puso en esta encrucijada, el destino tan temido; y, sin embargo, aquí estamos, soportando nuestras soledades, soledades compartidas, recorriendo realidades, deseos, lamentos y alegrías. Ya lo sé, no me alcanza, es cierta la distancia, es real y es temeraria.

Mi amor, mi amada, tu figura se agranda, se agiganta, se nubla y se potencia a la distancia. En este contacto, a pesar de la distancia, te anhelo, te deseo y te imagino, con esa gracia libertaria. Estás completa, espléndida, hermosa y seductora, críptica y elíptica, volátil y solitaria.

Amada mía, ¿tendremos el momento de olvidar esta distancia?; porque ahora estoy extrañando al mañana, cuando por fin, volvamos a mirarnos cara a cara, sin lamentos, con los besos, sin distancia, con los huesos. Y allí estaremos nuevamente, abrazados y a los besos, confundiendo nuestros cuerpos, ayudando a la esperanza y a las ganas que reclaman nuestras sábanas ¿Allí estaremos?, ¿vos y yo de cuerpo y alma? Ojalá que sea sin ausencia, con presencia, sin dolores, con la magia, que todo lo transforma en placer, en amor y en esperanza.

Patricia, mi amor, mi amada, si pudiera hoy abrazarte, lo haría con ganas, pero aquí estamos, abrazados a las imágenes... y a las palabras. El espacio virtual, amada mía, nos tiene atormentados, el espacio... y la distancia. Sin embargo, esta batalla será ganada. Y volveremos a ser libres, a bañarnos de esperanza. Volveremos, lo prometo, te lo juro con el alma. Ya no habrá tantos lamentos que castiguen nuestras ganas. Mi amor, mi amada, ahora estoy combatiendo, ahora... estamos en el alba.

Esta carta, que jamás le envió, es porque todavía la amo. No sé cómo puede ser posible, si en este último tiempo estábamos tan mal. Quizás sea que extraño la presencia de alguien en casa o que todavía me pesa el recuerdo de cómo era nuestra relación antes del Plan Vida. Pero no estoy dispuesto a aceptar el contexto que ella propone para continuar nuestra relación. Ya no deseo estar con Patricia. Nuestra separación es necesaria. Es que, para estar erguido, es preferible una soledad digna, que una derrota compartida. Patricia pretendía arrastrarme al fango de la angustia, sin comprender que yo busco la alegría.

Ahora, su figura espectral se desvanece; mientras, otra vez, el espejo refleja un rostro, el de un hombre dolido, angustiado, pero erguido. Recto, en mi andar cansino. Como no se vuelve de la muerte, tampoco del olvido. Hoy pretendo que mi corazón renazca, después de varios meses de secarse en el hastío.

Estoy dolido, la perdí, la quería, a Patricia... mi amor, mi amada. Pero, ¿es real? ¿Dónde está acaso su sonrisa angelical? Su maldita adaptación al medio la alejó de mí. Me causa terror, pánico, la idea de volver al andar tortuoso de la pantalla. Por eso, para seguir creciendo, es necesario alejarme de ella y no volver a establecer contacto, nunca más. Definitivamente... no soy digital.

6. Adiós a lo material

A mí me falta poco para recibirme de arquitecto. Ya aprobé todas las materias y sólo tengo que presentar la tesis de graduación. El tema que elegí es “Hacia la telepolis virtual”; y desde hace varios meses que la estoy preparando. Se trata de hacer un recorrido, donde pueda plantear el pasaje de las ciudades urbanas del siglo XX –producto de la Revolución Industrial– a las telepolis virtuales del siglo XXI –por la Revolución de las Infocomunicaciones–. En realidad, mi único objetivo es cuestionar el actual sistema, donde los contactos urbanos se están reemplazando por encuentros mediatizados por pantallas.

Si bien parece que no hay retorno en esta situación; aunque sea quiero fijar mi posición de una manera más rigurosa, analizando cuáles fueron los orígenes de esta metamorfosis urbana y cuáles son las contraindicaciones a las que debemos prestarles especial atención.

Las pantallas fueron autistas en sus orígenes, ya que hablaban solas; pero mutaron hacia aparatos inteligentes que permiten establecer contactos ciberpersonales y comprar lo que se quiera, en el momento deseado e incluso con capacidad de memoria para almacenar información de cualquier punto de la red. La historia de la visión a distancia es, entonces: en 1609 el telescopio de Galileo Galilei, en 1883 el analizador mecánico de imágenes de Nipkow, en 1895 el cinematógrafo de los hermanos Lumière, en 1933 la televisión electrónica de Zworikin, en 1969 la red telemática Arpanet del Departamento de Defensa de los Estados Unidos. Y en el 2011 la telepolis virtual, del Polo de Desarrollo Tecnológico (PDT) del Cono Sur.

Esta nueva forma de comunicación –y de control– sustituye la primacía de lo territorial, creando la inutilidad potencial del mundo exterior. El panorama, cual novela de ciencia ficción, muestra a la calle, a los edificios y a las fábricas como espacios vigilados por infinidad de cámaras; en simultáneo, la ciudad es un lugar vacío, sólo para ser observada desde el ciberhogar.

En esta ciudad, ya no hay lugares de compras, paseo y cobijo que sean compartidos territorialmente entre los seres humanos. Los secto-

res sociales no son vistos en los espacios públicos, como el supermercado, porque hacen sus compras por la red; tampoco están en los bares y ni siquiera en los shoppings. Desde el 11 de septiembre de 2011, tampoco se puede seguir yendo a los estadios de fútbol. Es que dicen que ahora el hombre prefiere ver los partidos desde cualquier ángulo, incluso el de la pelota. En esta época, la gente es sedentaria, ya no molesta el tránsito y el transporte es exclusivamente de mercaderías adquiridas en la red. Ahora se comparte menos el sexo, la gente se concentra mejor para trabajar y le dedica gran parte de su energía vital a la sociedad. Inclusive, el Estado y las empresas aseguran que no hay necesidad de reunirse en grupos territoriales, porque son mejores los grupos de afinidad que se crean en la red; entonces, no hace falta salir del hogar. Esta es nuestra telepolis virtual.

Quince años atrás, Nicholas Negroponte decía que “la mejor manera de apreciar los méritos y las consecuencias de ‘ser digital’ es reflexionar sobre las diferencias que existen entre bits y átomos”. Y él sabía de lo que hablaba. Porque cuando estuvo en Buenos Aires, en el año 1996, le robaron su billetera al finalizar una conferencia en vivo, con dos mil dólares en efectivo. En su caso, podríamos decir que las ventajas de las nuevas tecnologías asépticas de la comunicación hacen que no le puedan volver a hurtar su efectivo en una disertación. Esa reflexión que planteaba Negroponte tendría que haber conducido a un equilibrio entre ambos soportes, donde los bits se ocuparan de almacenar y transportar la información, mientras que los átomos fueran el espacio de contención y circulación de los seres humanos.

Entonces, me pongo en contacto con mis padres, y les comento esta cuestión sobre la que estoy meditando.

—¿Cómo les está yendo con la recomendación oficial de permanecer en la casa?, ¿qué piensan del aniquilamiento de los animales que no tengan uso industrial? —les pregunto.

—Hijo, ¿por qué nos decís esto? ¿Acaso querés que nos hagamos malasangre? La sociedad está así... ¿No te gusta esta forma de vida? Bueno, no te preocupes, vos tratá de adaptarte, que algún día esto se va a terminar. Además, ahora podemos hacer todo desde acá, ya no hay robos, ni asesinatos... ¿Te pasa algo? —dice mi mamá.

—No, mami, es que como estoy preparando mi tesis de graduación, quería saber, además, qué piensan ustedes sobre esto que les leí de Negroponte.

—Te voy a decir algo, pero vos no lo pongas en tu tesis. A mí me parece que la posición de Negroponte responde a un interés exclusivamente comercial, ya que seguramente está incentivado por todas las empresas que donan dinero al Instituto Tecnológico de Massachussets (MIT), donde trabaja este señor. Y esas corporaciones necesitan el respaldo teológico de un gurú con patente académica —exclama papá.

—Decime, Pascual, ¿Te sentís bien? Digo... ¿Te molesta que nos tengamos que comunicar así? —pregunta mamá.

—No... mejor no respondas nada, que ya tenemos bastante con esta situación —acota papá, suponiendo que nos deben estar vigilando. Así es, porque antes que pueda atinar a responderles, se interrumpe la comunicación y no podemos volver a conectarnos.

Es el triunfo del fanatismo, ya que el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires se deja influenciar por ese y por el resto de los gurúes de la nueva era, quienes dicen que nuestra ciudad es la capital internacional de la seguridad. Ahora, gracias a la sociedad de la información, la gente se comunica a la velocidad de la luz, en forma virtual, priorizando el contacto inmaterial. Es que el Plan Vida nos permite tener equipos de videoconferencia, realidad virtual y telepresencia holográfica, cuyo uso no tiene costo alguno; que además están integrados permanentemente a una red de banda ancha local, para utilizar todas las potencialidades de la intranet de la ciudad de Buenos Aires. Desde aquí nos podemos conectar en todo momento con cualquier habitante de la ciudad, sin necesidad de ir a visitarlo. Esta telepresencia, que en un principio nos pareció beneficiosa, se transformó en una pesadilla a partir de las sugerencias oficiales de permanecer en nuestros hogares. Al no poder tener contacto físico fuera de nuestros departamentos, comenzaron a surgir nuevas enfermedades que antes no existían, como el hambre de piel.

En este escenario de Buenos Aires como una telepolis virtual, la mayoría de los servicios y productos se fueron transformando en bits,

a partir del programa de Distribución sin Intermediarios, como las películas que pueden recibirse a través del video on demand, que es un sistema mediante el cual envían al televisor contenidos a pedido. Pero los bits son absolutamente maniqueos; para ellos, todo es blanco o negro, verdadero o falso. En su concepción del mundo, todas las cosas pueden reducirse a ceros y unos, aunque luego haya que decodificarlas para que vuelvan a su estado original. Así, las imágenes audiovisuales digitalizadas pueden descomponerse en millones de bits y también pueden comprimirse, para que pasen más imágenes por canal, de alta calidad y con mucha mayor capacidad de procesamiento que cuando los átomos eran más importantes que los bits. Antes, mucha información llegaba con gran cantidad de átomos, en forma de revistas, diarios, libros y videocasetes. Cuando se produjo su transformación en bits, el contenido de los mismos pudo ser combinado, mezclado y reutilizado a criterio del consumidor. Ahora ya no es necesario transportarse para viajar. En caso de querer conocer un pueblito de Brasil, podemos solicitar el índice de información disponible actual e histórica de todos los medios de comunicación, incluyendo los archivos, seleccionando sólo aquello que nos parezca más interesante... y listo. Rápido, eficiente y aséptico. Con un mecanismo similar, el programa de Distribución sin Intermediarios tiene también otra función, que consiste en entregar productos en cada departamento, para que nadie necesite salir de su hogar. En mi caso, una vez al mes hago el mayor pedido de alimentos y artículos de consumo; mientras que casi todos los días solicito lácteos, frutas y verduras, para ir hasta la antesala de mi departamento y retirar esos productos. Sueña extraño, pero como este edificio antes era usado para oficinas, la antesala de todos los departamentos fue bloqueada, para dejar allí los productos solicitados. Y vaya uno a saber por qué, pero hasta nos niegan la posibilidad de entrar en contacto con el cadete asignado a nuestro edificio.

El mismo concepto de aislamiento físico se aplica para los servicios profesionales y técnicos que uno necesita. Es el caso del psiquiatra que me asignaron por este sistema, a partir de las patologías que me detectaron cuando se fue Patricia. Rafael Splatky comenzó a

atenderme al día siguiente, a través del proyecto Presencial, otra de las pruebas piloto del PDT del Cono Sur. Es que el Laboratorio de Implementación de Proyectos Alternativos (LIPA) del PDT desarrolló un sistema mediante el cual se puede entrar en contacto virtual-territorial, a partir de un complejo mecanismo de telepresencia holográfica, que permite que el psiquiatra se instale en el living de mi casa, una vez por semana, sin moverse de su hogar.

Splutzky no coincide con mi diagnóstico sobre mis dolencias. Cree que, en realidad, se trata de una aguda contractura muscular; y que estos síntomas se resolverían con una pastilla de Paraflex cada ocho horas. El psiquiatra es de los que pretenden curar sólo con productos farmacéuticos. Es parte del sistema.

7. ¿Viejas respuestas para nuevas preguntas?

En la tesis que estoy escribiendo, sostengo que el cambio de átomos por bits pretende reemplazar la materialidad de los objetos y los contactos cotidianos, configurando un nuevo soporte que se impone sobre los ya existentes.

Los adelantos tecnológicos fueron conformando una ciudad planetaria, inmaterial, superpuesta a las ciudades territoriales, donde los habitantes interactúan sin la necesidad de tener contacto físico entre sí. La telepolis virtual quiebra el concepto tradicional de vecindad material que caracterizó a las ciudades hasta ahora. Las oposiciones tradicionales fueron durante mucho tiempo, entre el campo y la ciudad, aquí/allá, centro/periferia, cercano/lejano. Las nuevas tecnologías de la información transformaron esa relación, gracias a la interfaz electrónica que permite la conexión inmediata entre distintas regiones geográficas. Ahora, mi terapeuta vive en España, navega por las mismas redes inmateriales que yo y se especializa en mi enfermedad.

Es que antes era imposible para la gente hablar por videoconferencia en forma cotidiana –y sin costo–, armar su propio noticiero sobre la situación política en la provincia de Catamarca, pedir al instante todos los goles que Boca Juniors hizo durante el campeonato clausura de 2005 o ver únicamente los desfiles de moda en los que participó Nicole Neumann. Eso, porque no era accesible intervenir, interactuar con la pantalla. La expansión masiva de la interactividad modifica nuestros hábitos: las compras se hacen desde el hogar; se juega virtualmente con los vecinos sin necesidad de estar reunidos en una misma mesa; el psiquiatra me atiende en forma holográfico-presencial; los programas se pueden ver, retroceder y avanzar como si fueran videocasetes; y, para evitar o programar angustias, los films tienen finales tristes o alegres a la carta. A mis padres ya no los toco. Ahora nos comunicamos exclusivamente por la red... Maldita red.

En la tesis hay un capítulo que se llama “El Manifiesto contra el Encierro”, con cuatro ítems básicos. El primero es sobre las condiciones en que se dan las relaciones interpersonales, entre cuerpos de

carne y hueso. En el segundo ítem, cuestiono la invasión de la intimidad y la omnipresencia de la pantalla. En tercer lugar, analizo cómo se fue reduciendo la libertad de circulación por el espacio territorial. Finalmente, como ansío tener un perro en mi casa, pido volver a compartir la vida con otros animales. Estos cuatro ítems constituyen el núcleo del Manifiesto, que iba a plantear en la anterior reunión de consorcio, pero no quería mencionarlos explícitamente. Tenía que encontrar la manera de decirlos sin que llamaran la atención de los agentes de control. Por ejemplo, en vez de decir el primer ítem, en forma directa, les había pedido que me dejaran festejar mi cumpleaños con los vecinos del edificio en forma conjunta con la reunión de consorcio. Era un deseo para el cual no tenían todavía una respuesta, ya que antes nadie les había hecho este planteo.

Hay que encontrar nuevas preguntas para este nuevo sistema de control. Ellos tienen todas las respuestas –científicamente correctas– para las preguntas que todavía surgen como efecto reflejo del anterior sistema de dominación. Pero no previeron que las viejas respuestas serían incapaces de contener a las nuevas preguntas. Ya no se trata de cuestionar el contenido de los mensajes que circulan. No. Ahora hay que demoler un sistema de enclaustramiento que se vale del concepto de sociedad de la información para justificar el encierro de la gente. ¿Quién va a animarse a reclamar porque siente hambre de piel? ¿Quién había tenido estrés antes del nacimiento de la sociedad industrial?

Nuevas preguntas exigen nuevas respuestas.

8. La resistencia al sistema

Después de mucho meditar, decido que lo único que voy a plantear en la reunión de consorcio es el tema de mi cumpleaños. Los otros ítems del manifiesto pueden esperar. Pero yo quiero que alguien esté conmigo, en casa, para celebrar mi aniversario.

Hoy, en la reunión, somos –otra vez– tres personas. Pero ahora no vinieron el encargado ni el administrador del consorcio; en su lugar, hay dos vecinos que no conozco. Es extraño, porque no están las únicas dos personas a quienes les había transmitido mi reclamo. Además, se supone que eran ellos los que iban a vehiculizar los distintos pedidos que fueran surgiendo en la reunión. Pero así están las cosas; de modo que vuelvo a reiterar el planteo, pero esta vez se trata directamente de una invitación:

–Quiero que mis vecinos vengan la próxima semana a casa, el 8 de diciembre, para hacer ahí la próxima reunión de consorcio; y para que, juntos, festejemos mi cumpleaños –les digo, eufórico, a las únicas dos personas que están conmigo, en el salón del piso 20 que alguna vez se usó para hacer las fiestas y reuniones de la gente del edificio; y, tiempo atrás, para las reuniones oficiales de Telefónica de Argentina.

En realidad, yo no conozco ni sé el nombre de ninguno de mis vecinos, porque hace poco que vivo en este departamento; y, además, antes de que ocurrieran estas cosas yo no les había prestado demasiada atención. Pero pretendo que –ya sea por la reunión o por el festejo– alguien quiera venir a casa.

El señor del décimo piso se queja porque no puede salir al balcón; y la joven del piso catorce quiere saber quién tiene la llave de la terraza, porque al estar cerrada ya no puede ni siquiera ir a tomar sol en ese espacio que –según ella– no está incluido dentro de las sugerencias de enclaustramiento. Leila –tal es su nombre– está señalando una de las grietas por donde vamos a empezar a combatir al régimen. Es que la sugerencia consiste en no salir del hogar, excepto para cuestiones urgentes, en cuyo caso hay que avisar a las fuerzas de

seguridad. Entonces, ¿qué les puede afectar que así como nos juntamos para las reuniones de consorcio, también podamos hacerlo para ir a tomar sol en la terraza o para celebrar mi cumpleaños?

En realidad, Leila está cuestionando las bases mismas del sistema, al pedir un lugar para tomar sol y donde podamos encontrarnos. Sucede que el edificio donde vivimos, en Tucumán 1, tiene una espléndida terraza desde donde se puede observar el Río de la Plata, en la zona de Puerto Madero. Se trata de un auténtico mirador con espacio para tomar sol, mangueras con agua para refrescarnos y la vista más amplia de toda la ciudad. La terraza sería el único lugar donde nos podríamos encontrar, porque los pasillos fueron clausurados, para dejar en las antecámaras de los departamentos los productos solicitados; en el hall del edificio ya no se puede estar (normas de seguridad); a los departamentos vecinos tampoco se puede ir; el salón del piso 20 se habilita sólo para las reuniones de consorcio; y las escaleras están repletas de cámaras, por la misma razón.

Cuando los arquitectos César Pelli y Mario Álvarez construyeron este edificio, seguramente no se imaginaron que sus nombres iban a estar ligados al Plan Vida. Sin embargo, en este lugar estamos cuidados, vigilados, controlados.

Me parece que Leila también quiere “condiciones dignas de relaciones interpersonales entre cuerpos de carne y hueso”. Por eso, a pesar de la prohibición de ir a otros departamentos –y como nadie respondió a mi solicitud oficial– ella es la única que viene a casa el 8 de diciembre para festejar mi cumpleaños y realizar la tercera reunión de consorcio. Otra vez, como en la primera reunión, no viene casi nadie. Además, obviamente, tampoco asisten el encargado y el administrador, con lo cual empiezo a sospechar que algo les ocurrió.

–Cuando pediste autorización para poder ir a la terraza, supe que serías la única que vendría hoy a casa –le digo a Leila, como quien habla con una vieja amiga.

–Lo mismo supuse yo –me responde mi vecina del piso catorce.

A pesar de la escasa concurrencia –o gracias a ella–, decidimos crear la Organización de Resistencia al Enclaustramiento (ORE), cuyos principios son los cuatro ítems de mi manifiesto.

9. Rutinas urbanas

Como las siglas de nuestra Organización de Resistencia al Enclaustramiento (ORE) son ambiguas, los agentes de seguridad informática piensan que se trata de un movimiento religioso o, en su defecto, una de las tantas agrupaciones creadas por el Estado y las grandes corporaciones para descubrir a los que no se adaptan al sistema. Eso nos permite que, después del primer encuentro, Leila y yo podamos reclutar a dos personas más: el vecino de nuestro edificio (Jorge, el señor del décimo piso) y un viejo amigo con el que había estudiado arquitectura en Ciudad Universitaria (Miguel). Es decir, somos cuatro personas nucleadas en ORE, luchando por nuestra dignidad.

La primera acción de nuestra pequeña organización consiste en difundir por el ciberespacio un caso de hambre de piel. Para eso, contamos la historia de uno de los miembros de ORE, Miguel; aunque sin poner su apellido, para preservar su identidad.

Hay que difundir su caso, sin que los especialistas en seguridad puedan interferir. Así que creamos un sistema mediante el cual enviamos mensajes anónimos a todos los usuarios de la red y podemos responder sus inquietudes sin ser descubiertos, a través de un personaje virtual.

La home page del mensaje que mandamos está precedida por un video del Papa, donde él presenta públicamente a ORE como la Organización Religiosa Ecuménica y dice que si bien no dependemos de la Iglesia Católica Apostólica Romana, tomamos su doctrina como base de nuestro accionar. Y ahí, surge el presentador virtual, quien anuncia el caso de una persona que sufre, pero que encontró su salvación cuando descubrió la presencia de Dios. Después aparecen imágenes de un muchacho en diversas actividades de su vida cotidiana (dentro del ciberhogar), que editamos tomándolas de los archivos públicos, lo mismo que las imágenes del Papa. Se trata de pequeños trucos digitales, que realizamos para mantener la ilusión... y no ser descubiertos.

La historia que contamos es la siguiente:

En las buenas épocas, Miguel era una persona sin demasiadas patologías urbanas, pero con la llegada de la sociedad de control, su vida ha cambiado. Miguel es un profesional adaptado a las sugerencias oficiales. Su estilo de vida es sobrio, formal, podríamos decir que es un hombre correcto. Todos los días se despierta a las siete de la mañana, en punto; cumple después con su ritual, que consiste en bañarse, afeitarse, desayunar, lavarse los dientes y, recién a las ocho, prende la pantalla para trabajar. Termina sus tareas a las siete de la tarde, cuando libera sus deseos, hablando con sus amigos virtuales y conociendo personas que le cuentan y muestran –en vivo y en directo– las experiencias sexuales más exóticas y hasta sus trivialidades cotidianas. A las once de la noche prepara la cena, luego come algo bien nutritivo, para reponer las energías gastadas, toma sus vitaminas y a la medianoche se queda dormido, solitario, en su cuarto cableado.

Pero Miguel se siente angustiado y no tiene nadie que lo ame. Triste, de tanta soledad, llegó a creer que en la red nadie se daría cuenta de su estado; y él prefirió ocultarlo, total como no lo pueden tocar... Sin embargo, algunos sí supieron de sus contracturas musculares, de sus dolores y sus tratamientos interminables. Hay médicos especialistas que pretendieron curar esa indescriptible enfermedad, similar a la de muchos. Pero ellos no lo entendieron.

Miguel les cuenta a esos médicos que sus días más extraños son los del fin de semana, cuando no tiene una rutina obligatoria y entra en otra realidad. Afirma que un vacío le explota el espíritu y la nada se apodera de su cerebro. En esos días navega por la red y por sus imágenes cerebrales mesoencefálicas. Asegura que le surgen diversas historias con mujeres hermosas que lo besan, lo tocan y juntos hacen el amor apasionadamente. Pero siempre llega la mañana del lunes, otra vez se despierta a las siete en punto, y siente cierto cansancio, como que algo está mal organizado y pronto su vida tendrá que cambiar.

Miguel pretende ser digital. Sin embargo, cuando no puede salir de la cama, los brazos le pesan y los ojos no tienen ganas de abrirse;

cuando siente contracturas musculares y nadie le acaricia su cuerpo, el hambre de piel deja de ser un concepto, el cerebro se le seca y cierto olor a podrido comienza a invadir su vida. Ese olor anuncia los dolores que vendrán, la brújula gira en falso y todo da igual.

Y él ya no sabe qué hacer. Porque en su caso –y en el de muchos otros teletrabajadores–, hay una red que amplifica sus angustias y avanza en el camino de múltiples soledades compartidas. Es cierto, hay personas que conocen sus límites y no los deben pasar. Pero palabras como aburrimiento, monotonía y soledad, también forman parte del ciberespacio.

Jesús decía “ama a tu prójimo como a ti mismo”. Y eso es lo que necesitamos siempre, desde hace miles de años, tanto a los tres meses de vida como a los 80 años, en la abundancia del que tiene más bienes materiales y en la escasez de la pobreza, lo mismo en un estado alterado de conciencia y en una situación normal. ¡Siempre! Porque es lo único que derrota a la ancestral preocupación del vacío desestructurante, de la nada abismal y siniestra, lo único que acaba con aquella terrible sensación del hambre de piel que muchos tienen cuando nadie los besa ni los acaricia. Jesús es amor. Hay que encontrar el camino de la salvación.

Así cerramos el primer mensaje con el que ORE se da a conocer.

10. ¡Júntese con humanos!

En nuestra primera comunicación, contamos el caso de Miguel, presentándolo como un producto natural del nuevo tipo de sociedad. La idea es instalar el concepto de hambre de piel como una enfermedad propia del nuevo sistema. Y si bien ahí planteábamos que la salvación estaba en Dios, en nuestro segundo mensaje vamos a proponer un camino mucho más concreto y efectivo. Ahora, sostenemos que la mejor manera de agasajar a Dios, con motivo del fin de año, consiste en juntarse con humanos y salir de nuestras casas. Si toda la población ocupara las calles el 31 de diciembre, de este maldito 2011, las fuerzas de seguridad serían incapaces de evitarlo.

En sintonía con nuestra proclama, el nuevo administrador del edificio convoca a una reunión de consorcio para discutir la viabilidad de participar en los festejos de fin de año.

Con Leila estamos sorprendidos por la convocatoria. Se supone que el reclamo de los festejos es clandestino, y que nadie los va a respaldar públicamente. Sin embargo, después de hablarlo con el resto de los integrantes de nuestra agrupación (Jorge y Miguel), decidimos que Jorge, Leila y yo vamos a concurrir, como simples vecinos, para dar el debate correspondiente.

El planteo es que, debido al éxito del nuevo sistema creado por el Estado y las grandes corporaciones, ya podemos volver a ocupar las calles para festejar el fin de este año.

Hay ocho vecinos en la reunión, seis de los cuales no concurren a ninguna de las otras reuniones de consorcio. Es más, ni siquiera recuerdo haberlos visto antes, excepto a Jorge y a Leila. Pero no importa. Supongo que esta ampliación del auditorio se debe al tema que vamos a discutir.

—Les agradezco a todos, que hoy hayan venido. Si bien no los conozco, porque soy el nuevo administrador del consorcio, les cuento que el motivo de esta convocatoria es porque me dicen que Pascual tiene una propuesta para hacernos.

–Sería muy interesante que expliques tu propuesta de festejar en las calles el comienzo del nuevo año –remata Jorge.

No era así la forma en que íbamos a plantear el tema. De todas maneras, la decisión está tomada: voy a exponer aquí mi Manifiesto.

–Quiero agradecerles a Jorge y al nuevo administrador la posibilidad que me dan de plantear aquí mi posición, para que nos unamos al festejo que la Organización Religiosa Ecuménica va a realizar en todas las calles de Buenos Aires, para celebrar el fin de este año y el comienzo del 2012 –digo. Y agrego –Es que necesitamos volver a ocupar las calles, poder salir de nuestros ciberhogares, tener relaciones interpersonales entre cuerpos de carne y hueso. Hay que acabar con la invasión de la intimidad y la omnipresencia de la pantalla. Además, quiero que podamos volver a tener animales de compañía en nuestros departamentos, como cuando yo tenía un perro –concluyo, exaltado.

Son los cuatro ítems del Manifiesto contra el Encierro. Después de varios meses de enclaustramiento, puedo decir exactamente lo que pienso. Sé que es un riesgo muy alto, pero estoy dispuesto a todo, con tal de acabar con este cruel sistema.

Cuando termino de hablar, todos los allí presentes –excepto Leila– se paran, empiezan a aplaudir y se me acercan. Me toman de los brazos y comienzan a pegarme en todas las partes de mi cuerpo.

Al rato, me llevan al Centro de Reclusión Preventiva (CERP), que es la cárcel donde pretenden rehabilitar a los que no se integran voluntariamente al nuevo sistema.

Caí en una trampa. Este encuentro fue preparado exclusivamente para dejar en evidencia cuáles son mis posturas. Ya no quedan dudas, soy un problema para el sistema y debo ser apartado.

11. Inconsciente rebelado

Los cuatro elementos del espacio: aire, fuego, tierra y agua, son sensaciones del prisionero, que capto en mi interior. Recuerdo cierto pasado, en libertad. Cierro los ojos, detengo el tiempo, evaporo mi alrededor y dirijo el inconsciente hacia el centro de mi alma. Allí, exactamente, aparece mi amada, la que está detrás, la que no se nombra. Y, entonces, regreso del olvido, bailo, juego y canto, arrollado en los brazos de mi amada. Pero algo sucede, como siempre. Final triste, final amargo, como siempre. Abro los ojos, retorna el tiempo, miro a mi alrededor y ella no está. Pienso en el destino, el alma rebelada, que se escapa. Y el cerebro seco. Y el olor que se expande. El dolor.

Cuando navego por tormentosas imágenes cerebrales inmatriciales, puedo deslizarme a conductos subterráneos de los que tardo en salir, que aíslan y me alejan de la realidad exterior. En esas circunstancias, podría hablar del hombre que está solo y espera, del lobo estepario y del sentimiento trágico de la vida. Ser humano y digital, lobo y cordeiro, alma y cuerpo, consciente e inconsciente, superyo y deseo. Todo eso y más. Pero, ¿qué sentido tendría? Aquí estoy, solo, preso en el Centro de Reclusión Preventiva (CERP). ¿También la habrán detenido a Leila? No sé, lo único que recuerdo fue la forma en que Jorge me entregó... aunque también se me aparece la eterna sonrisa de Leila.

12. Infraestructura de control

Ya estamos a pocos días del año 2012. Sigo comunicado exclusivamente por las redes, aunque ya me avisaron que cualquier crítica al actual sistema va a significar el agravamiento en las condiciones de detención. Excepto Leila, nadie sabe que estoy alojado aquí, porque la celda tiene la misma disposición y decoración que mi departamento. Como nadie viene, no saben cuál es mi actual condición.

No obstante, mis padres suponen que algo raro está ocurriendo. Mamá reitera permanentemente que estoy muy flaco... desgarbado:

–¿Cuántos kilos adelgazaste en estos meses? –me pregunta, con insistencia. –¿Por qué no hacés como tu ex, y te venís a vivir con tus padres? –dice sin cesar.

La verdad es que me gustaría volver a vivir ahí, porque desde que salí de la casa de ellos me desmoroné completamente. Cuando nos sugirieron permanecer en nuestros hogares, hacía sólo dos meses que estábamos viviendo juntos –con Patricia–. Después, no soportamos tanto contacto, y actuamos como ratas de laboratorio. Hasta que creé la Organización de Resistencia al Enclaustramiento... y caí en una trampa. Ahora estoy en el Centro de Reclusión Preventiva. El CERP es una de las unidades de negocio del Polo de Desarrollo Tecnológico (PDT) del Cono Sur de América Latina, ubicado en la zona de Puerto Madero en Buenos Aires. Para crearlo, el gobierno les dio a las empresas todas las facilidades que ellas reclamaban. Se creó una zona especial con medidas de seguridad propias de una base militar. Nadie puede entrar ni salir de este perímetro sin la identificación correspondiente. Acá se instalaron los diez mayores proveedores tecnológicos de todo el mundo. Se trata de una experiencia única, debido a que dichas empresas desarrollan aplicaciones de avanzada y las implementan en proyectos específicos.

Están acá desde el 25 de mayo del año 2010. Al principio, generaron productos y servicios que nosotros celebramos con algarabía. Crearon un sistema de consumo virtual, donde podemos comprar hasta una heladera sin tener que pagar los gastos de intermediación que

significaban los comercios. A partir de acuerdos que hicieron con gran número de empresas, se les permitió a quienes no querían trabajar en sus oficinas, que pudieran hacerlo en sus casas, a través de modernos equipos con capacidades de comunicación multimedia. Y así nos fueron dando cada vez más herramientas, para ya no necesitar salir de nuestros hogares. Ahí fue cuando implementaron todos los proyectos, simultáneamente, en el marco de la intranet de la Ciudad de Buenos Aires, bajo el paraguas del Plan Vida, para bajar los índices de criminalidad, evitar los accidentes de tránsito, mejorar la productividad y que tantos cambios no fueran sentidos como una privación de la libertad personal.

Para crear el PDT, el Gobierno les regaló a las empresas los mejores terrenos que en ese entonces tenía la ciudad, dictó la Ley de Promoción del Desarrollo Tecnológico y les dio importantes exenciones impositivas. Pero no fueron solamente estos subsidios los que inclinaron la balanza para que dichas corporaciones se decidieran a invertir en el PDT. En realidad, el primer motivo fueron los recursos humanos altamente capacitados que encontraron aquí.

En su momento hubo un intenso debate nacional, ya que estos beneficios significaban subsidios que otros sectores no tenían. El Congreso Nacional fue el ámbito donde se dieron tales discusiones, por la necesidad de sancionar una ley que garantizara tales privilegios; aunque fue la presión de las empresas interesadas y de los medios de comunicación lo que terminó inclinando la balanza. El secretario de Comunicaciones de entonces fue el abanderado del PDT, y su frase de cabecera era contundente:

—A fines del siglo XIX, el telégrafo cumplía funciones estratégicas en la Argentina. Ya en esa época comenzaba a discutirse la prioridad que debía tener el espacio virtual frente al territorial. Fue así como Dalmacio Velez Sarfield, ministro del Interior de Domingo Faustino Sarmiento, tomó la decisión de desviar los fondos presupuestarios asignados a obras viales para construir el telégrafo argentino. El argumento usado en los debates de ese momento, por Velez Sarfield, fue que ‘Los hilos del telégrafo también son caminos, son los caminos de

la palabra'. En el bicentenario de la Revolución de Mayo venimos a profundizar el proyecto sarmientino, creando las condiciones para que los nuevos caminos sean no sólo los de la palabra, sino también los caminos de los datos y de las imágenes –decía el funcionario en aquellos debates.

Así fue como, después de intensas polémicas, el Gobierno consiguió instalar el PDT en Buenos Aires; desplazando de las preferencias internacionales a las ciudades de San Pablo, Santiago de Chile y México D.F.

Además del CERP, el PDT del Cono Sur tiene otras dos unidades de negocio: el Centro de Investigación en Contraindicaciones de la Red (CICOR) y el Laboratorio de Implementación de Proyectos Alternativos (LIPA).

El círculo “virtuoso” de la tecnología en nuestra ciudad es: el LIPA desarrolla e implementa los proyectos de múltiples empresas, debido a que no los pueden/quieren hacer en sus países de origen, por cuestiones legales y/o de imagen de dichas compañías; el CICOR investiga las resistencias que dichas implementaciones tienen entre los seres humanos y genera distinto tipo de soluciones; por último, el CERP se ocupa de aquellas personas que no se integran voluntariamente al sistema, tratando de recuperarlos. Estas son las tres secciones del PDT. En mi caso, fui detectado por el CICOR, detenido en el CERP y la información que me consigan sacar será usada por el CICOR para corregir posibles fallas del sistema. Pero fue el LIPA el encargado de implementar simultáneamente todos los proyectos, que se pusieron en funcionamiento el 11 de septiembre de este año.

13. ¿Cómo evitar la epidemia?

El CERP pretende modificar las ideas y los valores de quienes allí nos alojamos. Busca conocer nuestra ideología y readaptarnos, para que el CICOR pueda desarrollar una tarea preventiva en la sociedad, difundiendo las respuestas que ellos consideran adecuadas –para que sean asimiladas por cualquier habitante que haga las mismas preguntas que nosotros– y el LIPA pueda generar planes que amortigüen ciertos efectos no deseados entre la población.

Por eso, reviste tanta importancia el hecho de poder comprender en qué consiste el hambre de piel. El CERP sabe que hay una enfermedad provocada por el excesivo contacto con la pantalla, que no depende del contenido que circule por las redes, sino del tipo de relación que los seres humanos establecen con ella. Y quiere entender las causas y los efectos de la misma, para evitar que esta enfermedad se convierta en una epidemia que les impida implementar el Plan Vida en los países centrales. Estos diez proveedores tecnológicos se juegan a todo o nada. Consideran que si consiguen resultados positivos en Buenos Aires, podrán trasladar sus resultados a las principales ciudades del mundo, provocando una transformación de características similares a las que tuvo la Revolución Industrial. Pretenden transformar los hábitos urbanos de la gente, a partir de la incorporación de nuevas tecnologías de comunicación. Y están dispuestos a hacer todos los experimentos necesarios, con tal de lograrlo.

Jorge es el encargado de interrogarme. Como ya habíamos conversado previamente en ORE sobre este tema, él se limita a aparecer en la pantalla de la celda y me pregunta:

–¿Qué es el hambre de piel?, ¿cuáles son los síntomas?, ¿cuándo comenzaste a sentir que algo raro te estaba pasando?, ¿cómo trataste de evitar los dolores y las fobias?, ¿por qué relacionás esos síntomas con el nuevo orden social?, ¿quiénes comparten tu visión apocalíptica sobre los contactos ciberpersonales?

Todas, excepto esa última pregunta, son respondidas detalladamente por mí. Es que me niego a ser un traidor, a decir los nombres

de quienes piensan como yo. En realidad, Jorge los sabe, porque juntos habíamos establecido contacto con ellos, pero pretende que sea yo el que se los diga.

Los interrogatorios son siempre iguales. Empiezo sosteniendo que así como el estrés era la enfermedad de la vida urbana, el hambre de piel lo es de la vida informatizada. Aclaro que se trata de una patología similar a la generada entre las personas; aunque, esta vez, se da en el marco de una relación hombre-máquina. Así como puede haber diversos síntomas que denotan la existencia de histeria, neurosis, sadismo y masoquismo en las personas, a causa de ciertas patologías en las relaciones humanas; puede también darse el hambre de piel por el excesivo contacto con la pantalla, suplantando las actividades territoriales y las relaciones interpersonales por las tareas virtuales y las relaciones ciberpersonales mediatizadas a través de la pantalla.

En síntesis, le vengo diciendo a Jorge que aquellos que tenemos hambre de piel priorizamos la pulsión de muerte, que termina siendo autodestructiva. Y sostengo que, para terminar con esta enfermedad, hay que acabar con el cruel sistema de enclaustramiento social que impusieron el Estado y las grandes corporaciones aquel fatídico 11 de septiembre de 2011.

14. Una digna soledad

En el CERP descubrí que a quien más extraño es a Leila. Siento que, ahora, debo acercarme a ella, porque tampoco es digital y lucha conmigo por el regreso de aquel tiempo de los cuerpos compartidos. A pesar de la traición de Jorge, siento que gracias a ORE encontramos una razón que le da sentido a nuestras vidas. Y si bien en esta celda se agranda su ausencia, siento que ya no estoy solo.

Tarde, en las noches, me tiro en la cama a recordar su mirada, aquella, la pagana. ¿Aun sigue ahí? ¿La habrán secuestrado igual que a mí? Las palabras y las imágenes se deslizan afiebradas, buscando el horizonte donde ella está, allí, en lo alto.

Leila, mi vecina del piso 14 que pretendía seguir yendo a tomar sol a la terraza, está conmigo. Nuestras almas se han fundido en una sola, mientras nuestros cuerpos esperan el día en que podamos reencontrarnos en el espacio territorial.

Ella estudiaba Bellas Artes; le gustaba pintar, hacer esculturas de cerámica y tallar todo tipo de maderas. Pero si hay algo que la estremecía, eso era bailar. Cuando lo hacía, sentía que lograba una perfecta armonía con el universo; en esos momentos, todos sus sentidos disfrutaban del placer de estar activos. Por eso, la sugerencia oficial de permanecer encerrados en nuestros hogares le está haciendo estragos.

Leila no era de estar en pareja. A su entender, el deseo era pasajero y había que concretarlo con quien surgiera. Según lo que me dijo en aquellas charlas, quiso tanto a hombres como a mujeres; pero nunca amó, pues jamás encontró a alguien que le diera un sentido más completo a su vida. Sin embargo, desde el 11 de septiembre, su cuerpo se está deteriorando. Y no se trata sólo de que su piel no esté más bronceada; en realidad, desde aquel día, siempre tiene un síntoma diferente. Es que ya no baila, ni pinta... ni hace el amor en forma real. Por eso, su militancia en nuestra Organización de Resistencia al Enclaustramiento está plenamente justificada. Si ella pretende volver a lo que fue, necesita aniquilar el sistema, recobrar la movilidad corpo-

ral que había tenido antes de la implementación del Plan Vida y acercarse nuevamente a sus seres queridos.

En su caso, también se mudó poco tiempo antes del establecimiento del encierro al edificio de Tucumán 1, un año atrás, para estudiar Bellas Artes. En Córdoba, su provincia de origen, tiene un solo familiar: Estela, su abuela. Leila era hija única, pero sus padres murieron antes que viniera a Buenos Aires, en un accidente de tránsito. Sin embargo, allá tiene gran cantidad de amigos, que conoció en su barrio, en el colegio secundario y en los lugares adonde iba a bailar. Siempre cuenta que desde chica se juntaba en la esquina de su casa a jugar con los vecinos. Eran tiempos en los cuales las pantallas ocupaban un módico espacio, así que la mayor parte del tiempo Leila se la pasaba lejos del alcance de la tecnología.

Pero desde que llegó a Buenos Aires, su vida se transformó. Primero, empezó a estudiar Bellas Artes, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA; comenzó a trabajar ahí; e iba a bailar a Azúcar, un boliche donde la salsa le ponía ritmo a los cuerpos. Pero eso duró muy poco, porque enseguida se implantó el Plan Vida y hubo que permanecer en nuestros hogares. Leila sigue con ese trabajo y también recibe un subsidio que le permite seguir estudiando desde su departamento. Si bien sufre horrores por este encierro, dice que le da cierto alivio el placer que siente en los encuentros cibersexuales con sus compañeros de la facultad, ya que encontraron la manera de hacer como que comparten sus cuerpos a través de la presencia holográfica, a partir de una ampliación de objetivos del proyecto Presencial.

El sistema funciona de la siguiente manera: cada uno de ellos se coloca el traje de estimulación a distancia, que se conecta al casco de realidad virtual. El traje está enchufado a la sensorad interactiva, lo mismo que el casco. Ambos elementos permiten que intercambien sensaciones corporales, a pesar de encontrarse en lugares distintos. Antes de comenzar la sesión, los que van a participar de la misma se ponen de acuerdo sobre el espacio donde transcurrirá el encuentro, que –según lo establecido en el proyecto Presencial– debe ser la casa de uno de los participantes. La situación se asemeja a los encuentros

intercorporales, porque estos instrumentos consiguen que el usuario sienta en su propio cuerpo el estímulo que generan los demás, y pueda poner en juego el sentido del tacto con aquellas personas que están participando.

No obstante, uno de los defectos del sistema, es que todavía no consigue imitar el intercambio de flujos corporales. Los besos no son como antes, ni hacer el amor consigue sacudir la modorra del hambre de piel.

Leila y un grupo de estudiantes de su carrera fueron seleccionados para utilizar esta tecnología mediante la cual ellos tienen cibersexo. Gracias a estos dispositivos electrónicos que se conectan al sistema, ella puede sentir algo similar a lo que sentía cuando hacía el amor; pero ahora es a la distancia y sin tocar sus cuerpos. Sin embargo, los síntomas del hambre de piel persisten: Leila tiene tal nivel de depresión, que gran parte del día se la pasa acostada en su cama; ya no necesita siquiera bañarse; tiene dolores de espalda permanentes, que ni se le van con el cibersexo; y su calvicie le impide hasta mirarse en el espejo. Es extraño, porque ella antes era una mujer hermosa, pero es tal su nivel de deterioro que, en su caso –como en el mío–, el hambre de piel le está haciendo estragos

15. Cumplir años... a pesar de todo

Pasó casi un año desde que me encerraron en el CERP. Supongo que no se habrán hecho los festejos callejeros de fines del año pasado. Mis condiciones de reclusión mejoraron notablemente, quizás sea debido a mi buena conducta y a los consejos de mi psiquiatra. Yo no me quejo, grito ni protesto públicamente. Ellos me dieron un e-book para que exprese mis pensamientos y me sugirieron que no difunda mis ideas por el ciberespacio para poder vivir tranquilo.

Es extraño, hoy es mi segundo cumpleaños desde que se impuso el Plan Vida, de enclaustramiento, y no he tenido ninguna noticia de Leila. Jorge me dijo que después de mi celebración del año pasado, fueron suspendidas todas las reuniones de consorcio –hasta nuevo aviso–. Yo tengo bloqueadas todas las comunicaciones con ella, lo mismo que con el otro miembro de ORE (Miguel). Pero no importa, porque igual, hoy, voy a celebrar mi cumpleaños.

El 8 de diciembre de 1982 nací yo, Pascual Dominici, en la Capital Federal de la República Argentina. Salí del vientre de mi mamá, María, quien fuera preñada al relacionarse con mi padre, Manuel. Según las normas de este país, el apellido de la gente es el que proviene sólo del padre. No se entiende, entonces, por qué no somos el República Argentino... ¡quién sabe!

La cuestión central, que motiva estas palabras, es que hoy no vendrá nadie a mi cumpleaños; aunque probablemente me encuentre con mis padres, a través de la pantalla; y con Rafael Splugky, mediante la presencia holográfica. Así que voy a recordar que hace 30 años aparecí en la superficie terrena, después de haber estado adentro de mi madre durante unos 9 meses. Y no entiendo a qué se debe el hecho de cumplir 30 años, si ayer terminé mis 30 años sobre este planeta y hoy comienzo los 31. Pero acá, en este planeta, tienen esas costumbres extrañas, ya que uno celebra el año vencido... es un método similar al que tienen para cobrar las expensas en la mayoría de los edificios. Después del año de haber nacido, se festeja el primer cumpleaños y ya se vivió un año; lo mismo ahora que cumplo 30 y ya los viví.

Cuando ocurren estas cosas, aprovecho para recordar cada uno de mis cumpleaños y ponerlos en serie, como si fueran los 30 días de un mes. Y hago un balance.

¿Quién describe mis deseos?
¿Dónde habita el más allá?
¿Cuándo sentiré el aliento fresco?
Dime, ¿a qué hora vendrás?
Entro, para tocar tu cuerpo.
Busco, hacia el camino del recuerdo.
Lerdo, olvido tus aciertos.
Odio, al sentir tus gemidos lejanos.
Amor, es lo que necesito de ti.
Puedo sentir tu mirada sobre mi espalda.
¿Estás aquí?
He venido para sanarme.

16. Desde el Pentateuco

Estoy alterado. Con motivo de mi cumpleaños tuve un encuentro mediatizado con mis padres y quedé impresionado. ¿Cómo puede ser que ellos no se den cuenta que estoy preso? ¿Por qué no intentan siquiera venir a visitarme el día de mi cumpleaños? ¿Hasta cuándo durará esta pesadilla?

Quizás, por eso, anoche tuve un sueño bastante extraño. Estaba con Leila en Ciudad Universitaria, corriendo por el parque que está junto al río. En determinado momento, ella se arrojaba al agua y empezaba a volar, con movimientos que la asemejaban a una gaviota. Yo la miraba planear, hasta que decidía seguir sus pasos; y, para nuestra sorpresa, me ahogaba.

En ese preciso instante, me despierto. Un intenso sonido me avisa que debo colocar mi pulgar sobre el reconocedor de huellas dactilares, si es que pretendo recibir mi dosis diaria de comida. Cada vez que pongo ahí mi dedo se produce una descarga eléctrica, pero es la única forma de seguir alimentándome. Se supone que esta dieta me mantendrá sano, lúcido y tranquilo. Pero ya estoy harto. Faltan pocos días para que termine el año 2012 y yo sigo encerrado en el CERP. Inclusive, se anuncia la ampliación del Plan Vida a toda la República Argentina, para principios del año que viene. Vaya uno a saber cómo, pero oficialmente se dice que las 20 mil fábricas y los 10 millones de hogares van a estar conectados en red, a través de complejos dispositivos tecnológicos que permiten hacer todo sin tener que salir.

El balance oficial de este año y tres meses de aplicación del proyecto en la Ciudad de Buenos Aires, es que se logró bajar el índice de asesinatos, se terminaron los accidentes de tránsito y aumentó un 20% la productividad por empleado. A la vez, el PDT registró miles de patentes tecnológicas y está exportando software por más de diez mil millones de dólares. Esto les permite ampliar el plan a todo el país. Es increíble, pero estamos embrollados en un círculo vicioso, en el cual cuanto más éxito se tiene en la medición de ciertas variables, más opresivo se vuelve contra los habitantes del país. Pero... ¿qué se puede

hacer, si todas las ventanas y puertas del sistema están férreamente controladas? Todos estamos vigilados, manipulados y encerrados; y si alguien plantea algún tipo de alternativa, es deportado al CERP.

Lo único que me da fuerzas para seguir es el recuerdo de la imagen de Leila. Ambos tenemos el mismo objetivo, y yo sé que en algún momento nos volveremos a encontrar. Es que, en esta celda, la extraño. El mundo tiene su esquema, el fuego tiene su llama, el cielo tiene sus astros y mi aire, mi oxígeno... es ella.

El Pentateuco, en el Antiguo Testamento, diría que Pascual llamó a su mujer Leila, por ser ella la mujer original. Sin embargo, ¿qué nombre le pondría Dios a este sentimiento? Y sigo leyendo el Pentateuco, en mi e-book, para encontrar alguna respuesta. Ahí dice: “Yahveh Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. De la costilla que Yahveh Dios había tomado del hombre, formó a una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces, éste exclamó: ‘Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada’. Por eso, deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne”, concluye el Pentateuco. Eso dice la Torá (el Antiguo Testamento), sobre el momento en que el hombre descubrió que podía estar acompañado por una mujer.

Ahora, que imagino su hermosa sonrisa, pienso que, tal vez, hace miles de años, otro escriba también se inspiró en Leila para describir el instante supremo, en que ella y yo nos encontremos. Y es que sueño con tenerla, hoy y aquí, fuera de esta celda.

Sueño un amor desenfrenado,
que desborde alegría;
un trabajo bien rentado,
que sea territorial;
una salud a prueba de todo,
que me proteja del desvarío;
un dinero suficiente,
para repartir con la gente;

un sol que raje la tierra,
para que broten todas las semillas;
una revuelta por la justicia,
como las de Macondo;
una vida compartida,
juntos,
y que no sólo sea un sueño.
Sin embargo,
aquí estoy,
sólo y preso,
soñando,
por culpa de la tecnología.

17. No tocarás

Es el último interrogatorio; aunque esta vez no es a través de la pantalla. Jorge quiere que le diga quiénes integramos ORE. Pero yo no se lo voy a decir. Así que espero, a ver qué pasa. Creo resistir la corriente eléctrica, supongo que ya no va a seguir. Sin embargo, a pesar mío, un nombre sale de mi boca, que para aquella descarga.

Al rato regresa nuevamente, ahora con una manopla, que incrusta reiteradas veces; hasta que, a mi pesar, otro nombre sale de mi boca, que detiene aquellos golpes.

Finalmente, vuelve otra vez, sin nada de nada; y me penetra bruscamente, con fiereza, mientras me escribe en la espalda, usando un estilete, “no tocarás”.

Sin embargo, a mi pesar, unas palabras salen de mi boca:

–jorge acosta –le digo, casi sin fuerzas. –Sos un hijo de puta –insisto. –Y te voy a seguir hasta el último día de mi vida. Porque en algún momento, este dolor, vas a pagar –y callo.

18. Fantasmas del pasado

Después de aquella paliza, me despierto sin poder comprender mi trágico destino. Durante varias horas me quedo en la cama, atado al sueño interminable de esta realidad. Miro un programa en la pantalla, veo varios recitales de los Beatles, navego por recuerdos placenteros. Al mediodía consigo salir de la habitación, me dirijo al baño y abro la ducha. Como hacía antes, todos los días, después de bañarme, quedo frente al espejo y comienzo a afeitarme. Pero esta vez no es como antes. Mi rostro no siente la caricia de esa crema que tanta gracia le daba a Patricia. Agarro firmemente la máquina de afeitar, me la apoyo en la mejilla y mi piel sangra. Miro aquellos ojos en el espejo, que me observan tranquilo. La sangre corre, pero igual continuo. Paso la hoja por el mentón, el cuello... mientras brota el líquido vital, coloreando todo mi ser. Perplejo, no siento dolor, ni detengo la tarea. Y es que deseo afeitarme, para salir de aquí. Sin embargo, la realidad ya no es la misma. Entonces, me digo, "voy a encontrarme con alguien, con los fantasmas del pasado". Y continuo mi labor.

19. ¿El fin del encierro?

Finalmente ocurre lo que menos esperaba. Acabo de recibir una notificación donde se me informa que, ante la cooperación demostrada, puedo volver a mi antiguo departamento del edificio República. Jorge parece no haber registrado mis palabras de odio, que le dije los otros días. Sus jefes están satisfechos con la información que les proporcioné y consideran que yo ya no represento un peligro para el sistema. De todas maneras, me recuerda que el departamento no es el mismo, pues instalaron en todo el edificio el mismo sistema de vigilancia que hay en el CERP, mediante el cual van a estar al tanto de todo lo que yo y mis vecinos hagamos.

Mi confinamiento termina con un nivel de formalidad que yo no esperaba. Viene Jorge y se despide, con palabras de agradecimiento:

–La actitud que has tenido durante todo el tiempo en que estuviste colaborando con el Plan Vida, del Polo de Desarrollo Tecnológico del Cono Sur de América Latina, constituye un aporte invalorable para el desarrollo de la Argentina y del mundo. Por lo tanto, en nombre de quienes confiamos en tu capacidad de adaptación, te hago entrega de la medalla al Colaborador Voluntario y te doy una tarjeta electrónica cargada con cinco mil dólares, que podrás ir gastando en cualquier sitio del ciberespacio –concluye Jorge su discurso oficial de despedida.

“Está bien, me voy”, pienso; así que no hace falta armar ningún escándalo... ¿Colaborador tecnológico voluntario? Estos hijos de remilputa creen que me quebraron. No entienden que si bien yo no tengo alma de héroe, tampoco me voy a entregar. Ya decía Galileo Galilei –en la versión de Bertold Brecht–, cuando la inquisición lo acusaba por sus ideas copernicanas: “Pobre este país, que necesita de héroes”. Si él se retractó, para seguir vivo...

Pero ya verán... Estoy contento. Creí que de este lugar iba a salir sin vida. Me habían traído después de aquella simulada reunión de consorcio, en la cual les dije todo lo que pensaba. Y ahora me sueltan, con medalla y plata para gastar. Pero no me hago ilusiones; me suel-

tan, pero no me liberan. En realidad, la celda en la que estuve todo este año es idéntica a mi casa, con lo cual se supone que entre ambos lugares no habrá demasiadas diferencias. A lo sumo, cambiará la forma en que recibo la comida... Además, me van a desbloquear las comunicaciones con Leila y con el otro miembro de ORE (Miguel). Sin embargo, he tomado una decisión trascendental: ya no voy a participar más en ORE, ni voy a volver a hablar con Miguel. Tengo todas las comunicaciones intervenidas, así que si nos pusiéramos en contacto sería la forma más sencilla de delatarlo a las autoridades de control. A partir de ahora, mis únicos dos objetivos serán la presentación de mi tesis de graduación y el acercamiento con Leila.

El traslado a mi departamento se produce bajo estrictas normas de seguridad. Después de tanto discurso y medalla, Jorge me pone una capucha en la cabeza y me lleva hasta la puerta del PDT. Desde aquí se podría observar la Costanera, Puerto Madero y tantos otros lugares hermosos. Pero yo no veo nada. Me introduce en la parte trasera de un auto, me recuesta en una posición bastante incómoda – sobre mi cuerpo se apoyan cuatro pies y una pistola me aprieta la sien– y el coche arranca. Damos vueltas durante unos minutos, hasta que Jorge me hace bajar del auto. Me lleva hasta mi departamento y me quita la capucha.

–Otra vez en casa –dice. –¿Estás contento? Acá vas a poder seguir trabajando sin inconvenientes, aunque bajo el monitoreo del PDT. La verdad, disfruté mucho de nuestras conversaciones. Fue un placer haberte conocido. Espero que no me guardes rencor por la forma en que te pregunté los nombres de ORE... pero no me dieron opción.

–No sé si es por tu infiltración en nuestra organización, por la forma en que me tendiste aquella trampa o por la zaña con que me torturaste, pero deseo no volver a verte. Tu imagen me trae pésimos recuerdos. Por favor, salí de casa y no vuelvas más –le ordeno.

–Cuidate. Nos seguimos viendo –dice Jorge. Y se va, por la misma puerta donde un año atrás había entrado Leila para fundar ORE. Es cierto, ya no somos los mismos. Sin embargo, sigo convencido de que la única forma de sacarme el hambre de piel es aniquilando este cruel

sistema de enclaustramiento. Los odio tanto o más que antes de entrar al CERP. Pero debo reconocer que mientras estuve allí avancé bastante con la tesis de graduación. Es que no podía permitirme el nivel de dispersión que tenía cuando estaba con Patricia.

Mi departamento está demasiado limpio. Hasta las sábanas de la cama están perfectamente dobladas. Todas las ventanas siguen clausuradas y selladas con un plástico que impide ver hacia afuera. No entiendo en qué los perjudica el hecho de poder mirar la ciudad desde ahí. Pero el 11 de septiembre de 2011, junto con la implantación del Plan Vida, clausuraron todas las posibilidades de mirar el mundo exterior con nuestros propios ojos. Me siento igual que una rata de laboratorio. La única forma de ver fuera de este departamento es a través de las pantallas, donde uno percibe la quietud de la ciudad que registran miles de cámaras.

Por eso, me siento tan encerrado. No sólo nos piden que no salgamos de nuestras casas, sino que además nos bloquean la posibilidad de observar el mundo exterior con nuestros propios ojos.

Desde aquel maldito día, se pretende que todo sea mediatizado. Y muchas cosas han cambiado: empezando por mi perro –Pedrito–, que lo entregué a las fuerzas de control en cumplimiento del programa de Erradicación de Animales; siguiendo por Patricia, que rompió nuestra relación y se fue a vivir con sus padres; culminando con Leila, de quien pronto espero tener novedades.

Estos primeros días son francamente lamentables. Me siento como si todavía estuviera en el CERP. No consigo despabilarme y las tareas administrativas del programa de Teleworkers me resultan cada vez más insoportables. Lo único que le da sentido a mi vida es la finalización de la tesis de graduación y la posibilidad del reencuentro con Leila.

Por suerte, me avisaron que la fecha para defender la tesis fue fijada para dentro de poco, el martes 7 de abril de 2013. Allí estaré, junto al decano de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UBA, Marcelo Mainhardt, quien será el encargado de evaluarme con otros dos profesores. Prácticamente la concluí, así que únicamente

espero que llegue esa fecha tan ansiada. Después de eso, restableceré el contacto con Leila... y le diré todo lo que siento. Ya no hay más tiempo que perder. Es hora de expresarme cabalmente. El encierro se va a terminar. Es tiempo de rescatar aquellos valores que fueron guardados, mientras esperaba el momento propicio para desplegarlos. Voy a patear puertas, a romper ventanas... Quiero llorar, reír... Ansío volver a sentirme humano. Deseo estar acompañado por otras personas. Ya no soporto esta falta de contacto. Necesito darle sentido a mi vida. Y el 7 de abril me voy a expresar.

20. Cuando las imágenes no alcanzan

Hoy es el día en que voy a exponer mi tesis. Por fin llegó el momento tan ansiado de dar este examen, mediante los equipos del proyecto Presencial. Como si fueran mis invitados, los tres profesores están en el living de casa (aunque no están), listos para escuchar una tesis más, de las decenas de trabajos complacientes que hacen aquellos que pretenden acceder al título de arquitectos, en esta maldita ciberciudad.

¿Les habrán dicho que estuve detenido en el CERP? ¿Sabrán que odio esta metodología de evaluación? La verdad, hubiera preferido ir a Ciudad Universitaria a presentar mi tesis; aunque seguramente si no hubiera pasado todo esto, habría elegido otro tema. Cuando empecé mi carrera universitaria estaba seguro que la tesis iba a ser sobre un proyecto para urbanizar la ciudad de Viedma, ya que suponía que algún día se iba a necesitar adaptarla para que sirviera de capital de la república. Sin embargo, dicho proyecto –como tantos otros– fue abandonado por el gobierno, debido a la reasignación presupuestaria y a la intención oficial de potenciar la presencia de Buenos Aires en el concierto mundial de las ciudades; propuesta que debía concluir con la elección de Buenos Aires como capital internacional de la seguridad. No hubo voluntad política para enfrentar a los intereses creados alrededor de la metrópolis, que históricamente había recibido los mejores beneficios por su condición de centro neurálgico de la República Argentina. La ley que declaraba a Viedma como capital del país había sido aprobada a mediados de la década del '80... Y yo esperaba que algún día ese proyecto se revitalizara. Pero no fue así, la lógica de los hechos impulsó la concentración del poder en menos manos y la mediatización tecnológica de la mayor parte de las actividades públicas y privadas. Así que la capital no sólo seguía siendo la misma que antes, sino que además era el lugar elegido por las principales empresas tecnológicas para implementar el Plan Vida. Esta es la razón por la cual hoy, ahora, voy a decirles a estos tres profesores algunas de las cosas que pienso sobre sus nuevas tecnologías de comunicación y su querida sociedad de control.

–El título de mi tesis es “Hacia la telepolis virtual” –les digo, para arrancar con mi exposición. –En este trabajo sostengo que cuando se alejaron de Grecia los dioses, cambió la relación hombre-naturaleza, posibilitando la separación entre el conocimiento y el animismo. Esta nueva forma de ver el mundo permitió que la razón fuera aplicada al mundo exterior sin los prejuicios de la metafísica. Los monasterios benedictinos, con sus rutinas minuciosas e ininterrumpidas, hicieron surgir la abstracción en la medición regular del tiempo. El reloj y el orden metódico se propagaron, difundiendo el mundo mecánico. En el Renacimiento se creó la perspectiva para la medición cuantitativa del espacio, modificando la cartografía, la urbanística y la posición del sujeto en el mundo que lo rodeaba. Perspectiva que pretendió borrar toda tensión, toda contradicción, en beneficio de la neutralidad equilibrada. La ciencia ayudó a perpetuar la especie humana y a dominar la naturaleza, utilizando la abstracción, aislamiento, separación, medición y cuantificación racional. Su lado oculto fue cierta visión despreciativa de lo emotivo, sexual y espiritual. Fue el triunfo del burgués sobre el romántico, de la tecnología sobre la sensibilidad. El hombre, en su camino hacia la pantalla omnipresente, desplazó a las creencias y a las emociones por ser metafísicas; es decir, no demostrables empíricamente a través del método científico. La ciencia, en su colonización de la relación entre el hombre y la naturaleza, hizo que el hombre depositara su confianza en las nuevas tecnologías y le fuera quitando a las emociones su capacidad explicativa de la realidad. La ciencia funcionó durante mucho tiempo como vacuna del ser humano, pero se fue transformando en un veneno inmanejable, que promueve el aislamiento de la gente en sus hogares –les digo, en lo que es el final de la primera parte de mi exposición.

Cuando termino de pronunciar estas palabras, veo sus rostros pálidos, claramente petrificados. Si bien este método de evaluación (a través de la telepresencia holográfica) no es muy preciso, de todas maneras permite que uno perciba los gestos del otro... Por eso, cuando afirmo –exaltado– que la ciencia promueve el aislamiento de la gente en los hogares, el decano me interrumpe abruptamente:

–Discúlpeme, Pascual Dominici, pero me gustaría que usted sea más preciso... ¿Quiénes son los autores que podrían apoyar su tesis? ¿Cuáles son las bases teóricas que avalan su posición? –insiste el decano.

Me quieren tender otra trampa. Pero yo no estoy dispuesto a ceder. Voy a darles un marco teórico, para entrar de lleno al núcleo central de mi queja: el manifiesto contra el encierro. Sin embargo, para no terminar nuevamente en el CERP, decido darle el mayor nivel de abstracción posible.

–Ya decía Marshall Mc Luhan que las máquinas estaban reemplazando y aumentando el poder de todos los sentidos del cuerpo humano –le respondo. –El microscopio y el telescopio, aumentaron el del ojo; el teléfono, del oído; la televisión, de ambos sentidos exteroceptivos. Junto a ellas, las máquinas autónomas, como el reloj y la computadora; mientras que la primera mecaniza la vida, el ordenador la informatiza. La pantalla omnipresente es una síntesis de todas ellas. Ofrece mayor comunicación informativa, pero disminuye los contactos corporales. También le puedo citar a un prestigioso especialista en la transformación del espacio urbano, Eduardo Subirats, quien afirmaba que la vida humana se ha reducido a los términos de una existencia a través de las pantallas, que nos ponen en contacto con el mundo, que dan cuenta de nuestras aspiraciones y deseos, que forman e informan, vigilan, registran, producen, crean... dan una referencia de nuestros gestos y nuestro cuerpo, y de nuestra enfermedad lo mismo que de nuestra felicidad.

–Sigo sin entender cuál es la relación que hay entre esa realidad que usted menciona y el rol de la ciencia –me dice uno de los dos profesores que está junto al decano de la facultad.

–Si desde los orígenes del mundo y de la humanidad, las cosas se creaban cuando Dios las nombraba, a través de La Palabra, eso ya fue. La imagen audiovisual omnipresente es el signo del nuevo milenio. Los dioses se fueron, porque hay razones que la razón no entiende. El racionalismo fue perdiendo su humanismo y quedó la razón cerrada sobre sí misma, clausurada. El desorden, lo lúdico, el azar, el amor, el

ser y su existencia, pareciera que no son aspectos de la realidad abordables desde la ciencia. La extrema racionalización desembocó en los terribles efectos sociales, políticos, morales, culturales, ecológicos, psicológicos, económicos e ideológicos de esta sociedad de la información. Ahora estamos todos enclaustrados... ¿Gracias a la ciencia? –les pregunto, para remarcar lo que había dicho en la primera parte de mi exposición.

Estos tres profesores están atónitos. Ninguno se anima a hacer comentario alguno. Para mí, es una revancha, ya que estoy utilizando sus propias herramientas para presentarles batalla. Lo hago desde adentro, desde una prestigiosa tesis de graduación con la que pretendo recibirme de arquitecto. Y no tengo miedo. Es que la esperanza en recobrar los sentimientos primarios constituye el motor que le da impulso a mis palabras. No soy un insecto, que voy a encandilarme ante la luz de las pantallas. Yo los voy a derrotar, porque tengo hambre de piel, de sangre y de alma. Entonces, decido dar un paso más allá. Y blanqueo mi queja:

–Es importante comprender que estamos en un tiempo en el cual abundan las ciberenfermedades –les digo –porque la gente se pasa todo el día encerrada en sus cuartos cableados, con la presencia omnipresente de la pantalla. Uno de los defectos de las nuevas tecnologías es que aísla a la gente, generando mayor información y menor emoción. Les voy a comentar mi caso personal: yo, Pascual, era un hombre normal. Tenía novia, vivía con Patricia, trabajaba como administrativo en una oficina, estudiaba arquitectura en esta universidad. Hasta que un buen día me sugirieron quedarme en casa, para no salir nunca más. Después, comencé a tener hambre de piel; y, al poco tiempo, me encerraron en el Centro de Reclusión Preventiva. Hace poco pude volver a mi departamento, pero es casi lo mismo que la celda donde me alojaron para rehabilitarme. Se suponía que yo ya no tendría más estos síntomas, pero es algo que no puedo evitar. Y aquí no hay plata ni medalla al Colaborador Tecnológico Voluntario que alcancen. Es una cuestión de piel. El Plan Vida nos provee de todos los artefactos para quedarnos en casa. Estamos con todos y con nadie, conectados al mundo como si fuera una gran aldea, observando, reci-

biendo y emitiendo una sucesión infinita de imágenes suprarreales y fugaces. Dicen que acá está la vida, la vitalidad, el éxito. Y nosotros, sedentariamente, navegamos por estas realidades virtuales. La física arquitectónica fue relegada ante el avance de muchas cosas ocupando el mismo lugar. El espacio, como lo conocíamos, se desvaneció. La aceleración del tiempo en la velocidad de transmisión construyó un nuevo real.

–No entiendo –dice el decano –¿Por qué destila tanto odio contra el progreso humano? ¿En qué consiste el hambre de piel que menciona? ¿Acaso se considera usted una persona enferma?

–No quiero generar un malentendido –respondo. –Pero, quizás, en la sociedad mediatizada esté lo mejor y lo peor, el gusano y la mariposa. Podríamos odiarla y amarla por todo lo que provoca. Y es que en este modelo de comunicación informativa no hay quien nos acaricie, nos mime ni podamos demostrar que amamos. Alguien que quiera la vida de su cuerpo o la de mi alma, una persona que pueda realmente comunicarse conmigo. Eso sí, hay aves de rapiña revoloteando, esperando el momento justo para dar el zarpazo y clavar sus uñas sobre la presa. Y saborear el dolor de la victoria.

–Insisto –dice el otro profesor, que hasta ese momento no había hablado. –¿Cuáles son los efectos que usted percibe que genera en los seres humanos esta nueva forma de organización social?

–Si bien no soy psicólogo, ni psiquiatra, ni me considero en condiciones de hacer un diagnóstico clínico sobre el hambre de piel, quiero decirles cuáles son los problemas que percibo, desde que se les sugirió a las personas que permanecieran encerradas. Yo tengo la impresión que la presencia de la mayoría de las siguientes cuestiones, combinadas, constituyen la enfermedad del hambre de piel: una imperiosa necesidad de contacto corporal... y la imposibilidad de tenerlo; situación que se ve potenciada por la falta de intercambio sexual con otras personas. Un decaimiento generalizado, con alteraciones en los patrones de sueño habituales, falta de apetito y excesivo estado sedentario. Una alteración en el funcionamiento de los sentidos exteroceptivos (tacto, visión, gusto, olfato y audición), que provoca el

surgimiento de fobias, como la sensación de despedir olor a podrido o escuchar ruidos extraños. La priorización de los estados alterados de conciencia, a través del abuso en la ingestión de alcohol y/o fármacos, así como por la inmersión virtual en realidades tecnológicas. El deterioro en el aspecto físico y la falta de higiene –tanto a nivel personal como del hábitat que lo rodea–. El bloqueo de la autoestima, que va acompañado por la angustia, el dolor psicosomático y las contracturas musculares. La reconstrucción del pasado en clave heroica y la búsqueda de su retorno. La falta de proyectos personales hacia el futuro, dentro del sistema. Por eso, propongo la modificación del sistema de encierro, con cuatro aspectos básicos: hay que volver a tener relaciones interpersonales, entre cuerpos de carne y hueso; hay que prohibir la invasión a la privacidad que, con la excusa de la seguridad, registra todos nuestros movimientos; hay que permitirle a la gente que vuelva a ocupar las calles y todos los lugares públicos; quiero que nos den, también, la oportunidad de compartir nuestra vida con animales.

–¿Está usted queriendo destruir el sistema que tanto esfuerzo nos ha llevado construir? –me pregunta el decano, con un enojo difícil de disimular. –Voy a serle claro: cuando se crearon las máquinas, había cierta gente que proponía su destrucción para evitar la alienación humana; ahora, usted pretende que hagamos lo mismo, pero con las nuevas tecnologías de comunicación. Es un error y no vamos a permitir que ese tipo de ideas socaven nuestra organización social –exclama, mientras mueve sus brazos al ritmo de sus palabras carcelarias.

–Sabe que pasa, cuando se habla de aldea global, de los cambios que condujeron a la sociedad de control, surgen dos posturas polarizadas: la fascinación que tienen ustedes ante las posibilidades de comunicación que ofrecen las nuevas tecnologías, por un lado; y por el otro, mi desconsuelo ante la pérdida de humanismo y de relaciones interpersonales. El mundo es un cómodo hipertexto, hipercomunicado e incomunicado al mismo tiempo. Por eso, aquí los espíritus de Pablo Neruda, Antonin Artaud y Sigmund Freud, se codean con Nicholas Negroponte y Bill Gates. Todos juntos, siempre mezclados. Y convoco también a los poetas, filósofos e irracionales, porque espanta el andar cansino de tanto ejecutivo ilustrado, tanta comodidad neutral de cier-

tos científicos que se integran mansamente a los nuevos tiempos, vanagloriándose de la asepsia y abandonando a la buena de Dios a nuestros sentimientos.

—¿Está usted sugiriendo, en este momento, que alguno de nosotros tiene un interés extracientífico para respaldar los proyectos tecnológicos en curso? —pregunta uno de los profesores, visiblemente molesto.

—Les estoy diciendo que la abstracción racionalista fue simplificando todo a códigos binarios sin sentimientos, cuerpos sin emociones, verdadero o falso. En esta era de la adicción virtual se consume hambre de piel, se esclavizan los sentidos, y no corren ciertos placeres cotidianos. Al no ser valorada la comunicación interpersonal entre cuerpos concretos, todo es fugaz, eficiente y aséptico. Y me pregunto: ¿hay personas fuera de nuestros hogares o es que, acaso, somos todos imágenes holográficas? Siento que hay un imán que me guía hacia la realidad exterior, sin la soledad de los cuerpos mediatizados; por eso, dejémonos de ser digitales. Tratemos de ser humanos.

—¡No! ¡No! ¡NO! ¡Basta! ¡BASTA! —me responde el decano, Marcelo Mainhardt, enfurecido. —¿Cuánto tiempo pasará viviendo en su imaginación?. Nosotros somos el progreso, creamos todo lo que ve. Si, ya sé. Dios... Dios y los hombres ¿Qué Dios? Usted jamás podrá vivir sin nuestra presencia. Somos como la electricidad, el agua corriente o el gas: imprescindibles. Sin embargo, su Dios... ¿dónde está? ¿a qué hora vendrá? ¿quién lo protegerá? —dice el decano, en el living de mi casa.

—¡Ustedes hagan lo que quieran con mi tesis de graduación! —les grito —Pero yo no soporto más esta situación. Voy a destruir este cruel sistema de enclaustramiento... aunque en eso se me vaya la vida.

Y esas son las últimas palabras de nuestro diálogo, porque acabo de apagar todos los equipos. Ya no están en casa, se fueron... Pero sé que pronto otros vendrán.

21. Alejarse del dolor

Ahora tengo miedo del futuro, pero tengo terror de no hacer nada. Siento como si todo se aclarara, mientras el pájaro canta, mi alma se eleva y el cerebro lúcido y el dolor que... Hagamos algo. Siempre me costó mucho decir lo que siento, poder expresar en palabras lo que le está ocurriendo a mi ser.

Por eso, me cansé de estar dormido, desperté de ese mal sueño. Quiero salir de esta horrible pesadilla del enclaustramiento, del dolor, el olor y los síntomas corporales.

Ahora, como el capitán de un barco, protejo la embarcación, aceito las bisagras, cubro las heridas, recorro las aberturas y corrijo mis errores. El viento golpea mis ventanas, la lluvia recorre las paredes y yo pongo barreras contra la tormenta. Pero, ¿quién se agita? El mañana tiembla de sorpresa, duda imitando al ayer, sugiere posibles inconvenientes y quisiera un andar cansino. Sin embargo, por la vida que circula en mis venas, decido cambiar el destino, apuesto todo al reencuentro con Leila, me alejo de la rutina, me acerco a los afectos y derroto a la comodidad, ese vicio tan urbano.

Porque estoy frágil, como un vaso comprado de oferta en e-carrefour; débil, como la joven cordobesa en su primer fin de semana sin baile grupal; triste, cual perro que es entregado a las fuerzas de control; seco, estilo planta que no recibe los rayos del sol; solo, tipo preso encarcelado por haber violado a sus dos hijos; perdido, símil rehabilitado descendiendo del auto que lo trae de un lugar lejano; más turbado que cura recordando algún amor adolescente; y con la esperanza de revertir el peso de esta ciberenfermedad. Así me encuentro ahora, agobiado por el hambre de piel y el dolor de no disponer libremente de mi cuerpo. Reflexiono. Me pregunto, ¿qué pudo haber pasado para que nos hayan hecho esta jugada? No termino de comprender. Siento que la culpa es de aquellos que únicamente ven las bondades de la sociedad de control, y no se detienen ante diversas patologías que se generan como consecuencia de esta nueva realidad

urbana. Es que ponen a la seguridad y a la tecnología por encima del hombre.

De esta forma, me sigo alejando del dolor. Para vencer.

22. La búsqueda del contacto

Fui tomando la decisión de cambiar de hábitat. Había llegado al límite de mi enfermedad. El hambre de piel me había deteriorado y lo único que me podía salvar era el restablecimiento del contacto con Leila. Si bien, cuando volví del CERP, me habían autorizado a tener encuentros mediatizados por el sistema de telepresencia holográfica, supuse que no podría volver a usarlo, después del bochornoso examen de graduación.

Por eso, hoy no va a ser un día como cualquiera. Estoy jugado. Dije lo que pensaba, expuse mi tesis, corté la comunicación holográfica y supongo que en cualquier momento vendrán por mí.

La extraño a Leila y estoy dispuesto a todo, con tal de volver a estar con ella; entonces, me conecto con el proyecto Presencial. Para mi sorpresa funciona. Parece que hoy estoy protegido por mis dioses. Así que los convoco a la próxima ceremonia. Estoy completamente desnudo, sentado sobre la alfombra del living.

–No te asustes de mi estado actual –le digo, apenas autoriza mi ingreso a su casa. –Necesito que nos encontremos, a partir de nuestros cuerpos y de nuestras almas. Es decir, desde otro lugar. Quiero que sepas que, durante todo este tiempo, estuve pensando mucho en vos; pero los de seguridad me habían bloqueado todos los accesos y, además, no tenía posibilidad de salir del CERP.

Después de un instante de quietud, Leila dirige una de sus manos hacia su cabeza, acaricia algunos de los pocos cabellos que todavía le quedan y hace una mueca de dolor. Sin embargo, enseguida su otra mano va hacia el botón más bajo de su blusa azul, comienza a desabrochársela y me dirige una mirada compasiva; deposita su blusa sobre el respaldo de una silla y se quita el sostén. Tiene los pechos más hermosos que jamás haya visto. La recorro con la vista, y no puedo evitar el magnetismo de sus piernas, lo mismo que sus caderas... Ella se da cuenta del lugar adonde se dirige mi mirada, porque se quita la falda y también su bombacha. Observo su cuerpo desnudo, que es un deleite para todos mis sentidos. Estoy en el living de su

casa, pero se trata sólo de mi presencia holográfica. Ansío poder tocarla... y ella lo sabe. Deseo besarla. Por primera vez, acaricio su rostro, acerco mis labios a los suyos y apoyo mi boca sobre la suya. Leila se muestra complacida y me abraza con bastante fuerza, recorre mi espalda con sus manos, coloca su cadera a la altura de la mía y tratamos de hacer el amor. Sin embargo, en ese instante detengo la tarea. El traje que tengo colocado no genera la misma sensación que da el contacto con otro cuerpo humano: no hay saliva, flujos, olor ni sudor. Se trata de movimientos secos y mecánicos, que todavía no producen la pasión del contacto directo entre dos seres humanos. Entonces, me quedo mirándola, con lágrimas en los ojos. La observo como si la estuviera penetrando. Y le pregunto:

—¿Qué nos está pasando?

—Pascual, desde que te llevaron, no pienso en otra cosa que en el momento en que nos abracemos... Pero que nos toquemos de verdad, no de esta manera —me responde, entendiendo el sentido de mi planteo. —Quedé muy impresionada aquel día en que te golpearon. Pero no podía dejarme morir. Tenía que seguir, para estar bien en el momento en que nos reencontráramos... si es que algún día volvíamos a vernos; aunque estaba segura que vendrías por mí, porque hay algo entre nosotros dos que nada ni nadie podrá separar. Te deseo y quiero que subas a buscarme —exclama Leila, mientras acaricia su cuerpo sagrado.

Y no puedo decirle nada, porque la comunicación se interrumpe abruptamente. Está claro que nos interceptaron y que en cualquier momento vendrán por nosotros. Así que me quito el traje del proyecto Presencial, me visto rápidamente y corro escaleras arriba, hacia el piso 14, donde espero encontrarla.

Todas las alarmas funcionan en la forma esperada: las cámaras se mueven al compás de mis pasos, un humo bastante denso comienza a poblar las escaleras y una voz neutra no se cansa de repetir que tengo que volver a mi departamento, por una cuestión de seguridad. Pero yo únicamente pienso en el ansiado reencuentro. Nada me detiene, hasta que llego a la puerta de su casa. Siento que el corazón quiere salirse

de mi cuerpo. Estoy emocionado, alegre de haber tomado la decisión de buscarla, a pesar del peligro que esto significa. Contra todos los pronósticos, Leila abre la puerta. Está completamente desnuda, esperándome. Nos abrazamos, nos besamos cada parte de nuestros cuerpos y hacemos el amor hasta quedar exhaustos. Sin embargo, nadie viene por nosotros. Seguimos en el mismo lugar, no estamos rodeados por los agentes de control, ni se volvió a prender la pantalla. Nos miramos un rato largo... y comenzamos a llorar. ¿Qué está pasando con nuestras almas? ¿Por qué pretenden bloquear las sensaciones de nuestros cuerpos? ¿Cuál maldito designio los lleva a olvidarse de que somos seres humanos? ¿De dónde extraen tanta neutralidad criminal para corroborar los resultados de ciertas variables operativas del objeto de investigación? ¿Qué sienten sus espíritus y sus cuerpos... dolor, ardor, terror? ¿Por qué aseguran que no hay contraindicaciones en las nuevas tecnologías?

Nosotros seguimos abrazados, besándonos; llorando desconsoladamente, como sólo un niño puede hacerlo cuando nace. Así estamos. Nos reencontramos en un espacio territorial y ya no importa absolutamente nada de lo que ocurra en el universo. Es la potencia de dos personas que se aman. Es nuestra rebelión.

23. El calor de la especie humana

Anoche dormimos como hacía tiempo que no lo hacíamos. El contacto de nuestros cuerpos nos dio una energía difícil de clasificar. Fue como si nos hubiéramos transformado en dos animales que buscan el calor de los de su misma especie. Acciones que en otros tiempos fueron cotidianas, ahora cobran una nueva dimensión. Casi como una ceremonia mística, religiosa, nuestros cuerpos descansaron abrazados, dando y recibiendo caricias, compartiendo besos. Dormimos una diez horas, sin que nada nos sobresaltara. Es la primera vez que consigo dormir tantas horas seguidas sin sentir ningún dolor, sin tener que levantarme a tomar las pastillas que me dio el psiquiatra. Pasadas las nueve de la mañana, nos despertamos.

–Quiero que nos bañemos juntos –me susurra Leila. –Apurémonos, que seguimos solos... No vino nadie. Dale, vamos a darnos una ducha, que me muero de ganas por sentir tu cuerpo enjabonado. Dale, vamos...

¿Cómo resistir semejante propuesta? Me levanto. Voy hacia el baño, donde el suave crepitar del agua despabila todos mis sentidos.

–Hay algo que no entiendo –le digo –¿Por qué todavía no vino nadie a buscarnos? ¿A qué se debe tanta flexibilidad de los organismos de control?

–Dejate de hacer tantas preguntas. ¡Qué se yo! No nos vamos a poner a protestar por la lentitud con que tardan en venir. Además, tampoco voy a convocar a mis compañeros de Facultad, para que celebremos todos juntos este encuentro. No... en realidad, quiero que desayunemos. Tengo un té en hebras, que guardo desde antes de que se implementara el macabro Plan Vida. Se trata de un producto no estandarizado, que no figura entre los habilitados por el programa de Distribución sin Intermediarios; y, por ello mismo, lo dejé en un taper para alguna ocasión especial... No sé por qué, pero siento que ahora es el momento de saborearlo. Dale, dejate de pensar por un rato; y vení, que podemos tomar té con estas galletitas –insiste Leila, con esa seducción que impide cualquier respuesta negativa.

Celebramos este momento, a nuestra manera. Después de desayunar, nos vestimos y tomamos la decisión de ir hasta la terraza, para ver con nuestros propios ojos cómo anda esta maldita ciudad. La pantalla sigue apagada. Estamos solos... y confundidos. No hay ninguna razón lógica por la cual todavía no hayan irrumpido en el departamento, para llevarnos al CERP. Es que ellos están al tanto de nuestra desobediencia a las normas oficiales de enclaustramiento. ¿No les molestará que estemos juntos? ¿Querrán esperar a ver qué hacemos? ¿Será otra trampa de los organismos de control? Hay que salir urgentemente. Primero, vamos a ir a la terraza, donde alguna vez estuvo el oneroso cartel de Telefónica de Argentina. Según como nos vaya, quizás logremos llegar hasta la calle. Sí... hay que volver a caminar por las veredas y a estar en lugares públicos. Estoy ansioso por mirar con mis propios ojos hacia el horizonte, ver el Río de la Plata... Es increíble cómo la ausencia de libertad, hace que cuestiones que antes eran tan cotidianas se transformen en necesidades básicas insatisfechas. ¿A quién se le hubiera ocurrido pedir que le dejen ver el horizonte? Bueno, la cuestión es que salimos del departamento, vamos a la terraza y, después de romper la puerta, entramos. Para nuestra sorpresa, desde allí se ven los mismos veleros que antes de la implementación del Plan Vida. Los mismos autos, la gente caminando por las calles y los eternos semáforos de Alicia Moreau de Justo... Como si nada ocurriera en esta maldita ciudad; como si nunca hubiera ocurrido nada.

Basta que ambos nos miremos unos segundos y nos demos uno de esos besos que reconfortan el espíritu, para comprender lo que debemos hacer. Empezamos a correr frenéticamente escaleras abajo, mientras todas las cámaras se mueven al compás de nuestros pasos, el humo es irrespirable y la estúpida voz neutra sigue repitiendo su maldita consigna carcelaria. Sin embargo, nadie aparece para detener nuestra carrera. Así que llegamos a la planta baja. No hay nadie. Rompo el vidrio. Salimos... y comprobamos que era real la imagen que habíamos tenido desde la terraza. Fuera del edificio, no pasa nada distinto a lo que era un día rutinario antes de la implementación del Plan Vida.

La gente entra y sale del restaurant de enfrente donde antes iba a comer; la avenida Leandro N. Alem sigue con su tráfico de taxis y colectivos; y esta calle Tucumán hierve de movimiento. De la entrada del edificio cuelga un gran cartel que anuncia su próximo remate.

Federico, el mozo del restaurante, me saluda con afecto, a pesar del tiempo transcurrido. –Hola, ¡qué bueno verte! ¿Dónde te habías metido? ¿Te fuiste de viaje? Lleven paraguas, dicen que hoy a la tarde se va a largar flor de tormenta– sugiere el mozo, sin que atinemos a responderle.

Caminamos en silencio, rumbo a Retiro. Avanzamos como si fuéramos autómatas. Las hojas de los árboles alfombran la avenida Alem; y el otoño demuestra, una vez más, su persistente presencia. Una suave brisa acaricia nuestros cuerpos, mezcla de aire puro y dióxido de carbono. Leila comienza a llorar, con esas lágrimas que contagian y provocan que ambos lloremos desconsoladamente, sin comprender qué es lo que nos está pasando. Después de un rato, seguimos caminando. Estamos shockeados, pero sabemos adónde ir. Vamos a tomar un ómnibus que nos lleve bien lejos de esta pesadilla. Por suerte, la tarjeta electrónica –que me dio Jorge como reconocimiento al Colaborador Voluntario del PDT– tiene cargados los cinco mil dólares anunciados. Me había prometido no utilizarla, pero ante esta emergencia, no tengo demasiadas alternativas. Saco dos pasajes a San Francisco, provincia de Córdoba. Leila tiene a su abuela, que seguramente nos recibirá con los brazos abiertos. Nos vamos lejos de esta ciudad, pero cerca de las emociones. Una nueva vida espera por nosotros. Una nueva forma de vida.

Epílogo

Pasaron dos años desde que terminó aquella pesadilla. Con Leila, preferimos no hablar con nadie sobre los motivos de nuestra mudanza, ni acerca de lo ocurrido en el edificio de Tucumán 1. De hecho, al día siguiente de haber llegado a San Francisco, dejamos de hablar de eso; aunque es tal mi necesidad de difundirlo, que siento que contándolo, quizás, pueda exorcizar los fantasmas del pasado.

A mis padres alcancé a llamarlos una sola vez, por teléfono, para avisarles que estaba viviendo en Córdoba; y no les dejé ni siquiera un número de teléfono donde me pudieran ubicar.

La abuela de Leila, Estela, estaba tan emocionada de recibirnos en su casa, que únicamente se quejó de lo inesperado de nuestra visita, que no le dio tiempo para limpiar un poco algunos rincones de su casa. Según ella, la calvicie de su nieta se produjo por el estrés que le dio el ritmo de vida de Buenos Aires; y supone que la mudanza le permitirá volver a lucir una hermosa cabellera. Como a mí no me quedaron rastros visibles del hambre de piel, no tuve necesidad de justificar nada. Misteriosa y casi mágicamente, todos los dolores desaparecieron de nuestros cuerpos. En realidad, a mí únicamente me quedaron los rastros de las cicatrices en la espalda. Pero evito estar con el torso desnudo, para no tener que dar explicaciones.

Vivimos en una ciudad pequeña, de 60.000 habitantes, donde uno conoce a sus vecinos y los niños juegan en la calle. Al mes de haber llegado, nos enteramos que Mariel venía en camino... y nos alegró la vida. Ahora, que ya camina, va a un jardín maternal; mientras nosotros trabajamos en El Abrazo, un comedor comunitario adonde vienen unas 20 familias todos los días. Si bien los primeros meses no fueron fáciles; cuando Leila se reencontró con sus amigos del barrio, varios se acercaron para ayudarnos. Además, crearon varios talleres de dibujo, escultura y baile, para integrar a esas familias con otras actividades.

Es cierto, acá prácticamente no tenemos acceso a las nuevas tecnologías de comunicación. Pero vivimos en contacto cotidiano con gente de carne, sangre, hueso, cerebro y alma... cualidades que nunca tendrán las máquinas.

Agradecimientos

A Nahuel y Andrea, los ojos de mi alma.
A papá, que ya no está, pero cuyos valores guían mi camino.
A Betty, por ser un ejemplo de vida.
A Gaby, Miguel, Valeria, Jackie y Laura, que siempre están, a pesar de todo.
A Roberto y Patricia, que todavía esperan que la Argentina les dé la oportunidad de volver.
A Lela y Jacobo, por la sensibilidad, que emociona.
A Rubén, por su espíritu libertario.
A Camila, Federica y Lucía, por la vida que hay en sus venas.
A Leo, Luis, Bruno, Fernando y Gustavo, que facilitan mi libertad de expresión.
A Javier, Marcy y Gerardo, por su colaboración para que este proyecto se concretara.
A Henoch, que promovió el germen de esta historia, como tutor de mi tesis de graduación.
A Diana, por enseñarme el valor de la palabra.
A Christian, por haber comprendido el sentido de esta historia.
A Ernesto, que supo combinar el ansia de justicia con sus escritos literarios.
A Estela, la abuela de todos.
A la UBA, por incentivar mi posibilidad de creación.



Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Abril de 2004





